

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Primeros
Jinetes (II)

38

TIME
LIFE
folio

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Primeros Jinetes (II)

TIME
LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé

Autores: Frank Trippet

Asesores: Dra. Ruth Tringham, Aleksandr M. Leskov,
John K. Anderson y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)

Coordinación técnica: Pilar Mora

Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:

Ediciones Folio, S.A. 24-10-94

Muntaner, 371-373

08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rights reserved

© Ediciones Folio, S.A., 1994

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)

84-7583-477-9 (volumen II)

Impresión:

Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B-16734-94

Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN II

Capítulo cuarto:

Tesoros y ladrones 98

Secuencia gráfica: Los extravagantes ritos funerarios
de los escitas 117

Capítulo quinto:

Herencia fiera y libre 126

Secuencia gráfica: Un antiguo modo de vivir 143

Procedencia de las ilustraciones y agradecimientos 156

Bibliografía, Índice 157

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

Un Zoológico Artístico: los Animales Salvajes de los Jinetes



Una pantera ataca a un animal que es una mezcla de caballo, águila y león; sus astas y su cola se transforman en cabezas de aves.

La Historia está en deuda con los orfebres griegos por habernos dejado el único testimonio visual del estilo de vida y el aspecto físico de los primeros jinetes. Pero gran parte de lo que sobrevive de la propia obra de los antiguos nómadas consiste en pequeñísimas esculturas de animales hechas de bronce y de oro. Aunque se han hallado miles de estos objetos de adorno en sitios tan apartados como China y Alemania, son tan semejantes en su espíritu y en su ejecución que los conocedores les

dan un solo nombre: estilo zoomorfo.

Los temas más comunes de este estilo son felinos y aves de presa —combinados con mucha frecuencia para formar grifos—, ciervos, caballos, cabras monteses y, de vez en cuando, peces. Algunas veces se representa a los animales individualmente; otras, dos de ellos aparecen trabados en fiera lucha. A menudo, un animal sale, como por arte de magia, del cuerpo de otro. Y de todos se desborda tal efluvio de tensión muscular y agudeza de los sen-

tidos, que parecen a punto de moverse.

Evidentemente, estos objetos tenían una profunda significación para sus dueños, aunque los investigadores sólo pueden hacer suposiciones sobre esa significación, sirviéndose de su conocimiento de las actuales tribus eurasiáticas, que casi no han cambiado en más de 2.000 años. Para estas tribus, como para los primeros jinetes, las fuerzas de la Naturaleza están vinculadas de manera inextricable con los animales de las tierras vírgenes.

Una y Otra Vez, el Ciervo

El ciervo es un tema muy común en el arte de los jinetes de las estepas; pero donde aparece más frecuentemente es en las obras de los escitas. Se trate de un alce, un venado o un reno, al ciervo se le representa casi siempre con una majestuosa ostentación de las astas —cuyas puntas suelen formar las cabezas de otros animales— que descenden de la alargada cabeza y se extienden por encima del lomo. Además de los escitas, otros nómadas parecen haber sentido también una afinidad especial con el ciervo; así, por ejemplo, los sakas del Asia central, según creen algunos investigadores, lo adoptaron como emblema tribal.



Antaño parte de un poste ceremonial, este alce mongol de bronce expresa la majestad que tanto admiraban los jinetes en este animal.



Las atrevidas líneas que subrayan el abultado hombro y los músculos de los cuartos traseros de este ciervo de oro de 30 cm. de largo, de una tumba escita de Kostromskaya, cerca del mar Negro, dan la impresión de que se dispone a emprender el vuelo.



Este ciervo de 30 centímetros de longitud, hallado en una tumba escita de Kul Oba y embellecido con otros animales, fue hecho por un orfebre griego según las especificaciones de un escita. Aunque el orfebre siguió sus instrucciones, no consiguió darle la vitalidad del que se ve reproducido arriba. Los dos fueron usados como adornos de escudos.

La Admiración por los Gatos

Rápidos, ágiles y vigorosos, los grandes gatos de las estepas abiertas constituían un eterno peligro para los nómadas y sus rebaños. Los leones, tigres, leopardos y panteras recorrían las praderas de Eurasia. En su arte, los nómadas representaban a los felinos con los dientes y fuertes músculos casi siempre exagerados, y los cuerpos a menudo retorcidos en actitudes tensas para hacer resaltar la ferocidad del animal. En general, los investigadores están de acuerdo en que cuando un jinete usaba una placa que tuviera imágenes de estas temibles fieras, esperaba adquirir los atributos que despertaban su admiración por ellas.



Una leona de oro del Altai, de 10 centímetros de largo, se enrosca en un círculo completo. Los orificios tenían incrustaciones de color.

De 15 cm de largo, este felino de bronce, con su enorme ojo y abultado músculo de la quijada, expresa una siniestra tensión. Hallado en China septentrional, era parte del arnés de un caballo.



Las garras y la cola de esta pantera de 38 centímetros de largo se convierten en diez pequeños felinos. La placa, que adornaba la armadura de un guerrero, viene de Kelermes, al este de la Crimea, pero su postura recuerda la de la leona que se ve a la izquierda, hallada en Pazyryk, a unos 3.500 kilómetros de distancia.



Un íbice se encoge bajo las curvas de un amenazador pájaro en el remate de un poste ceremonial hallado en Ulski, cerca del mar Negro.

Homenaje a las Aves de Presa

En el estilo zoomorfo, muchas aves de presa son sumamente realistas, hasta en los detalles de las plumas; pero en otros diseños se incorporan remolinos abstractos o líneas curvas, de modo que un pico o un ojo pueden simbolizar al animal entero. Con mucha frecuencia, las aves figuran en situaciones que resultan imposibles, como la de abajo, en que un águila ataca a un yak adulto y virtualmente invulnerable. Para los expertos, estas representaciones fantásticas confirman que las aves de presa, cuyas voladoras siluetas constituían un espectáculo común en las estepas, tenían una significación espiritual para los antiguos jinetes.



En una hebilla de oro de 15 centímetros, incrustada con turquesas, que formaba parte de un par hallado en Siberia, una monstruosa águila sujeta con el pico a un debilitado yak. Bajo el águila, un león (extrema derecha) parece participar en la pelea. En la garganta del león se distinguen los dedos de una mano humana que parece sujetarlo fuertemente.

El Amor a la Lucha Cruenta

La lucha entre los enemigos naturales de las estepas es un tema que se repite una y otra vez en el arte de los nómadas. La pelea puede ser entre dos animales cuyas fuerzas son equiparables, pero más a menudo en la escena figura un animal rapaz —a veces una combinación imaginaria de ave y bestia de presa— que se abate despiadadamente sobre una víctima indefensa para darle muerte y devorarla. Las salvajes escenas reflejan una de las realidades más crueles y constantes de la vida en las estepas: los animales débiles, domesticados o no, constituían fáciles presas para las grandes fieras de las tierras vírgenes.



En una pieza siberiana de 13 centímetros, un animal parecido a un gato y con alas estilizadas hunde los colmillos en una bestia semejante a un caballo. Las configuraciones del estilo zoomorfo —formas redondeadas, cuerpos entrelazados— se derivan en parte de la necesidad de comprimir figuras grandes en pequeños objetos de adorno.

Una serpiente gigantesca se enrolla en mortal lucha con un lobo en esta placa siberiana de 15 centímetros de longitud. El adorno estuvo incrustado con piedras de colores o esmalte; los orificios de los bordes indican que estuvo cosido al vestido de un jinete.



Un tigre rayado, cuya larga cola se ha roto, abre sus fuertes mandíbulas para engullir un becerro recién nacido. La placa de bronce fue hallada en Mongolia.

Un Vivificante Guardián de Oro

Aunque el pez constituye un tema muy raro en el arte de estilo zoomorfo, se han descubierto algunos ejemplos en lugares tan alejados uno de otro como Siberia y Alemania. El espectacular ejemplo de abajo fue hallado en Vetttersfelde, cerca de Brandenburgo, en 1882, junto con el equipo completo de combate de un rey escita. Sólo podemos hacer conjeturas sobre la manera en que llegó allí el equipo: pudo haber sido un regalo; pudo haber sido comprado, o robado por los ladrones de tumbas. Algunos creen que los escitas relacionaban el pez con una deidad que era el espíritu guardián de sus posesiones más preciadas: los caballos



Hecho de oro por un orfebre griego que conocía el estilo zoomorfo mejor que el creador griego del ciervo de la página 89, este pez representa el epitome del arte de los nómadas. Un mundo rebotante de otros animales —felinos que luchan con un jabalí, un águila de alas desplegadas y un cardumen de peces en pos de otro de cabeza humana, que parece de un escita— llena el cuerpo del pez. Incluso la cola se ha transformado en dos magistrales cabezas de carnero.



Capítulo Cuarto: Tesoros y Ladrones



¿Cómo es posible que un pueblo tan dinámico como el de los escitas quedara casi completamente olvidado? No dejaron documentos escritos que los salvaran del olvido; de no ser por las descripciones de Heródoto y algunas menciones que de ellos hacen otros escritores, quizá nunca se habría conocido su existencia. E incluso se dudó de Heródoto; aproximadamente un siglo después de su muerte, un detractor, nada menos que Aristóteles, se mofó de él llamándolo "fabulista". A causa de ello, las narraciones de Heródoto sobre la riqueza y violencia, la vivacidad y fuerza de los escitas parecían pruebas sustantivas de su afición a las fábulas. No importaba que un hombre al que Cicerón llamó Padre de la Historia hubiera conocido en persona a los escitas. Después de todo, ¿quién podía creer que esos nómadas de las estepas, bebedores empedernidos y violentos, hubieran tenido la consideración y el refinamiento de enterrar a sus reyes con un estilo tan pródigo?

Sin embargo, según resultaron las cosas, fue precisamente con sus enterramientos espectaculares como los escitas y otros jinetes semejantes hablarían de manera convincente a la posteridad. Tanto ellos como sus hermanos dejaron miles de pequeños y grandes túmulos que marcaban el lugar donde estaban las tumbas de sus muertos más respetados, desde la Ucrania hasta la cordillera del Altai en Siberia, y todavía más allá. Además, sus tumbas han revelado un aspecto de los escitas del que no hablaron Heródoto y otros antiguos narradores: estos asoladores

guerreros de a caballo producían también obras de arte de gran fuerza y vitalidad.

Al arte aborigen de los escitas, conjuntamente con el de otros nómadas de las estepas, se le llama estilo zoomorfo para subrayar la preocupación de los artistas por los animales, en su mayoría salvajes o fantásticos. Aparecen ciervos, leopardos, águilas y otros diversos animales, algunos de ellos trabados en lucha mortal, en placas de oro finamente trabajadas que los jinetes prendían de su ropa, hebillas de cinturón, bridas y otros atavíos.

Los escitas tenían también un gusto muy desarrollado por el arte griego. Algunos de los objetos de oro y plata más profusamente ornamentados que se han hallado en sus tumbas (vasijas, empuñaduras y vainas de espada, brazaletes y diademas) parecen haber sido obra de artesanos que vivían en las colonias comerciales griegas situadas en las costas del mar Negro. Posiblemente los mejores de ellos fueron importados de la propia Grecia.

El redescubrimiento de los escitas se inició hace más de 200 años con hallazgos tan notables como los mencionados, mas no fue sino hasta el siglo xx cuando se tuvo una imagen clara de su elevación a la supremacía y el lugar que ocuparon en la sociedad nómada de las estepas de la Europa oriental y Asia. En efecto, apenas en los decenios de 1960 y 1970 se recuperaron algunas piezas indispensables del rompecabezas escita. Al mismo tiempo, se ha acrecentado en gran medida el conocimiento de otros jinetes de las estepas que, como ha demostrado la arqueología, se parecían a los escitas, conocimiento que quizá sea aún más completo en el caso de las tribus del Altai y sus tumbas heladas.

El hallazgo escita más reciente —y uno de los más extraordinarios— lo hizo un grupo de arqueólogos soviéticos en el sur de Ucrania durante el verano de 1971. El lugar, un túmulo funerario que se levantaba a 10 metros de altura en un terreno llano

Ante un vaso en forma de cuerno, dos escitas se juran eterna amistad bebiendo gotas de sangre mezcladas con vino. Esta placa de oro del siglo IV a. de J., hallada en un túmulo de Kul Oba (Crimea), ejemplifica los tesoros que no sólo confirman la riqueza de los jinetes, sino también arrojan luz sobre sus vestidos y costumbres.

de trigales, estaba en una zona donde iba a iniciarse una serie de edificaciones. Ayudados por los fondos que otorgó el gobierno soviético y con un equipo moderno, los arqueólogos consiguieron terminar sus excavaciones en brevísimos seis meses. Usaron tractores niveladores para allanar el montículo y poner al descubierto lo que hubiera debajo de él. Mientras los niveladores iban y venían, los arqueólogos observaban cuidadosamente para cerciorarse de que no se llevaban ninguna reliquia valiosa.

En cuanto se allanó el montículo de 2.400 años de antigüedad, los arqueólogos empezaron a sacar la tierra que había llenado la galería que conducía a la tumba. Cuando por fin llegaron al fondo, unos seis metros abajo del nivel del suelo, tropezaron con los revueltos restos de un carruaje funerario de madera, y detrás de una de sus ruedas, el primero de varios esqueletos, al parecer del conductor.

Los excavadores comprendieron en seguida que habían dado con algo excepcional: una tumba sin saquear. (La última tumba escita intacta que se había explorado fue descubierta en 1912, más de cincuenta años antes.) Y en efecto, el lugar colmó las esperanzas más descabelladas de los arqueólogos. Hicieron descubrimiento tras descubrimiento, entre ellos el esqueleto de una mujer descrita como princesa, que estaba rodeada y cubierta por objetos de oro (página 23). Había sido encerrada en la fría oscuridad llevando un tocado, aretes, un collar, 11 anillos y tres brazaletes, todo ello de oro, y un traje al que se habían cosido placas de oro.

Junto a la princesa, en un sarcófago de alabastro recubierto en su interior con madera, yacían los huesos de una niña de un año y medio de edad, indudablemente su hija, que había sido entregada al reposo eterno llevando joyas muy parecidas a las de la madre, sólo que en miniatura. El sarcófago de la niña fue introducido en la tumba por una entrada separada, lo cual indujo a los arqueólogos a supo-



Coleccionista insaciable, el Zar Pedro el Grande diseñó y construyó un museo imperial en el que había un Gabinete de Curiosidades, donde no sólo exhibía cuerpos humanos deformes y una colección personal de armas y objetos de arte, sino también parte del tesoro tomado de las tumbas siberianas prehistóricas a principios del siglo XVIII

ner que la enterraron algún tiempo después que a su madre, la cual tal vez murió al darla a luz.

Cerca de los huesos de la princesa y la niña estaban los restos de un joven de constitución vigorosa, de unos 18 años, con aljaba y arco a su lado; muy bien pudo haber sido un paje de armas enviado para defender a la princesa en la otra vida. Que fue sacrificado, quizá por estrangulación, era un hecho que se hizo horriblemente evidente a los arqueólogos: en la agonía, había clavado las uñas en la tierra. Sacrificada también en consideración a la princesa había una joven, tal vez su cocinera; en un nicho que se abría al lado de su esqueleto había vasijas de bronce para cocinar y restos de comida. Los arqueólogos encontraron otra conmovida víctima en un corredor lateral: una niña de ocho años, que tal vez había servido de mandadera.

Por impresionantes que fueran estos descubrimientos, faltaban otros más importantes aún. En una tumba separada, bajo la base del montículo que había cubierto la sepultura de la princesa, los excavadores hallaron los huesos dispersos de un hombre de unos 50 años, al parecer su marido. La manera en que estaban esparcidos al azar indicó claramente a los arqueólogos que unos ladrones, tal vez poco después de que el hombre había sido colocado en ella, hicieron una horadación para introducirse en la tumba, la saquearon y se llevaron el tesoro que contenía. Pero las pacientes excavaciones pusieron pronto de manifiesto que habían dejado tres objetos inestimables: un látigo revestido de oro, una espada cuya dorada empuñadura salía de una vaina de oro y —lo más espectacular de todo— un pectoral o peto de oro que pesaba un kilogramo (*página 33*). ¿Cómo era posible que los ladrones no hubieran visto estos objetos? Tal vez se derrumbó una parte de la tumba antes de que entraran en ella, y el desprendimiento de tierra sepultó estas piezas.

El pectoral es el hallazgo escita más impresionan-

te que se haya hecho en muchos años; fue obra de un orfebre griego que lo confeccionó con tres bandas curvas, parecidas a frisos, una encima de la otra. En la banda superior, cuatro escitas, rodeados de ganado vacuno, ovejas y caballos, se dedican a tareas tan pacíficas como las de ordeñar una oveja y trabajar en lo que parece ser una blusa de lana. Los animales pacen tranquilamente, amamantan sus crías o alzan perezosamente una pata para rascarse un costado. Cada detalle del vestido de los hombres, cada arruga de la piel de los animales, están representados con exquisita fidelidad. Bajo la banda intermedia, que es un diseño floral, la disposición de ánimo cambia bruscamente. La tercera banda rebosa de la combativa actividad animal que es tan característicamente escita. Grifos, caballos, un león, un leopardo y otras bestias se atacan furiosamente. Todas estas figuras —los cuatro hombres y los 44 animales— se vaciaron primero en oro y luego se soldaron al esqueleto del pectoral.

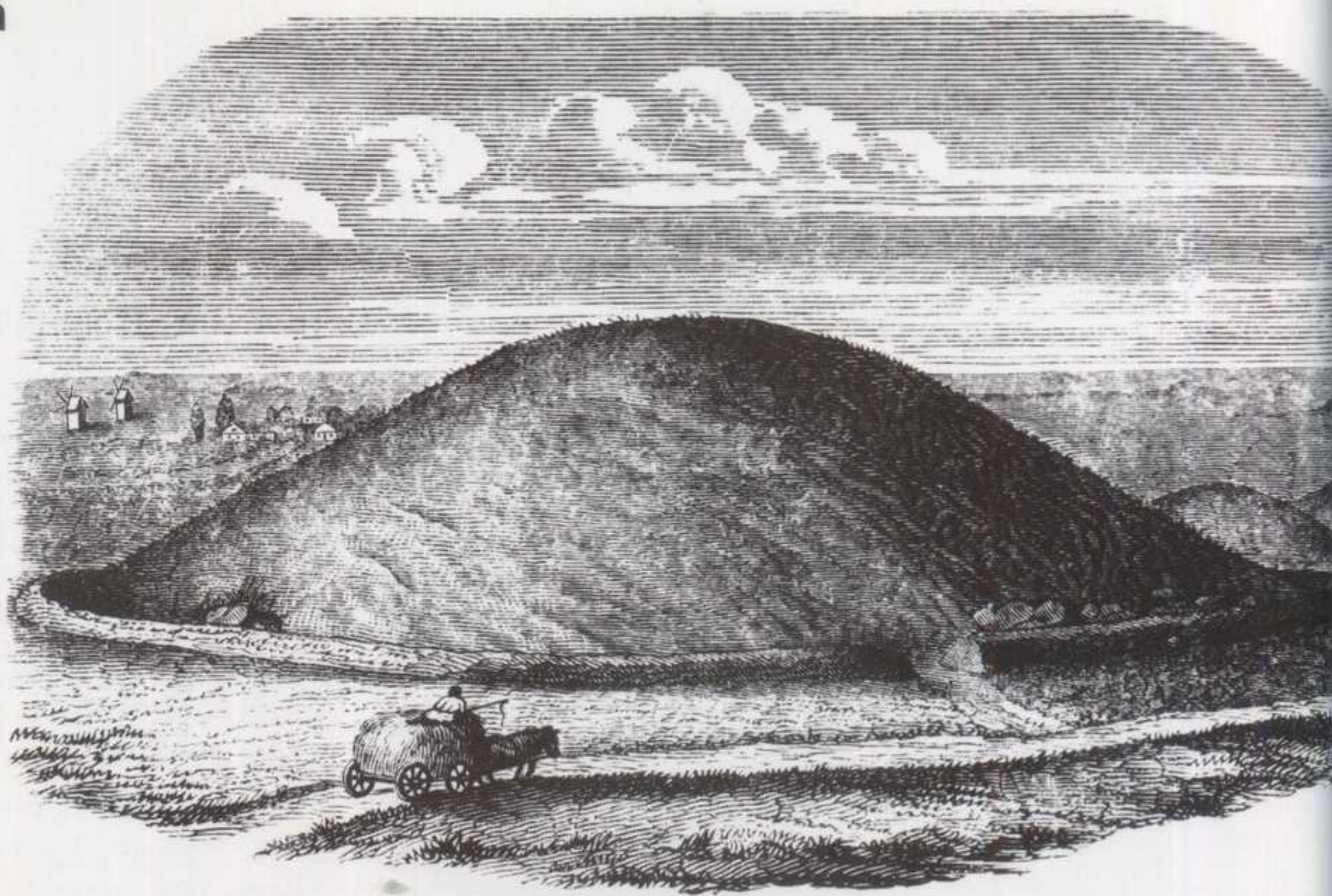
Por el interés que despertaron el pectoral y otros hallazgos, el lugar está siendo convertido en una especie de museo al aire libre. El montículo de tierra, allanado por los tractores niveladores, será reconstruido hasta su altura original de 10 metros, y se dejará una entrada en él para permitir que los visitantes descendan a las tumbas por galerías reforzadas con hormigón.

Elementos como éstos, esenciales para reconstruir la historia de los jinetes y sepultados desde hace mucho tiempo en las oscuras entrañas de la tierra, podrían haber sido destruidos del todo o, por lo menos, dañados irreparablemente de no haber sido por una orden que dio Pedro el Grande, Zar de Todas las Rusias, a principios del siglo XVIII.

Los nómadas montados no habían hecho intento alguno de ocultar sus sepulturas. Más bien, confiando en que ninguno de ellos perturbaría la última mora-

Grandes Tumbas Para Hombres y Caballos

Bajo grandes montículos de tierra —algunos de los cuales, como el de la derecha, tenían una circunferencia de más de 300 metros—, los escitas de la región del mar Negro enterraban a sus reyes con grandes cúmulos de oro y caballos de montar ricamente enjaezados. Como se levantaban a la vista de todos en la estepa, estos túmulos fueron, en el curso de los siglos, imanes irresistibles para los ladrones de tumbas, y casi todas las sepulturas excavadas habían sido gravemente dañadas por los saqueadores que buscaban tesoros. Sin embargo, en pocos casos, según lo demuestran las dos tumbas cuyos diagramas aparecen en la página siguiente, nunca había entrado nadie en ellas o estaban lo bastante intactas para dar a los excavadores una idea de sus planes de construcción y de las posiciones en que fueron sepultados sus ocupantes humanos y animales.



En Alexandropol (Ucrania), un montículo funerario, de unos 18 metros de altura, empujé al carro de heno en este grabado del siglo XIX. Cuando fue excavado, se halló la tumba de un hombre, que había sido saqueada, y un corredor que contenía los huesos de 14 caballos, algunos de los cuales todavía tenían arneses con adornos de oro y plata.

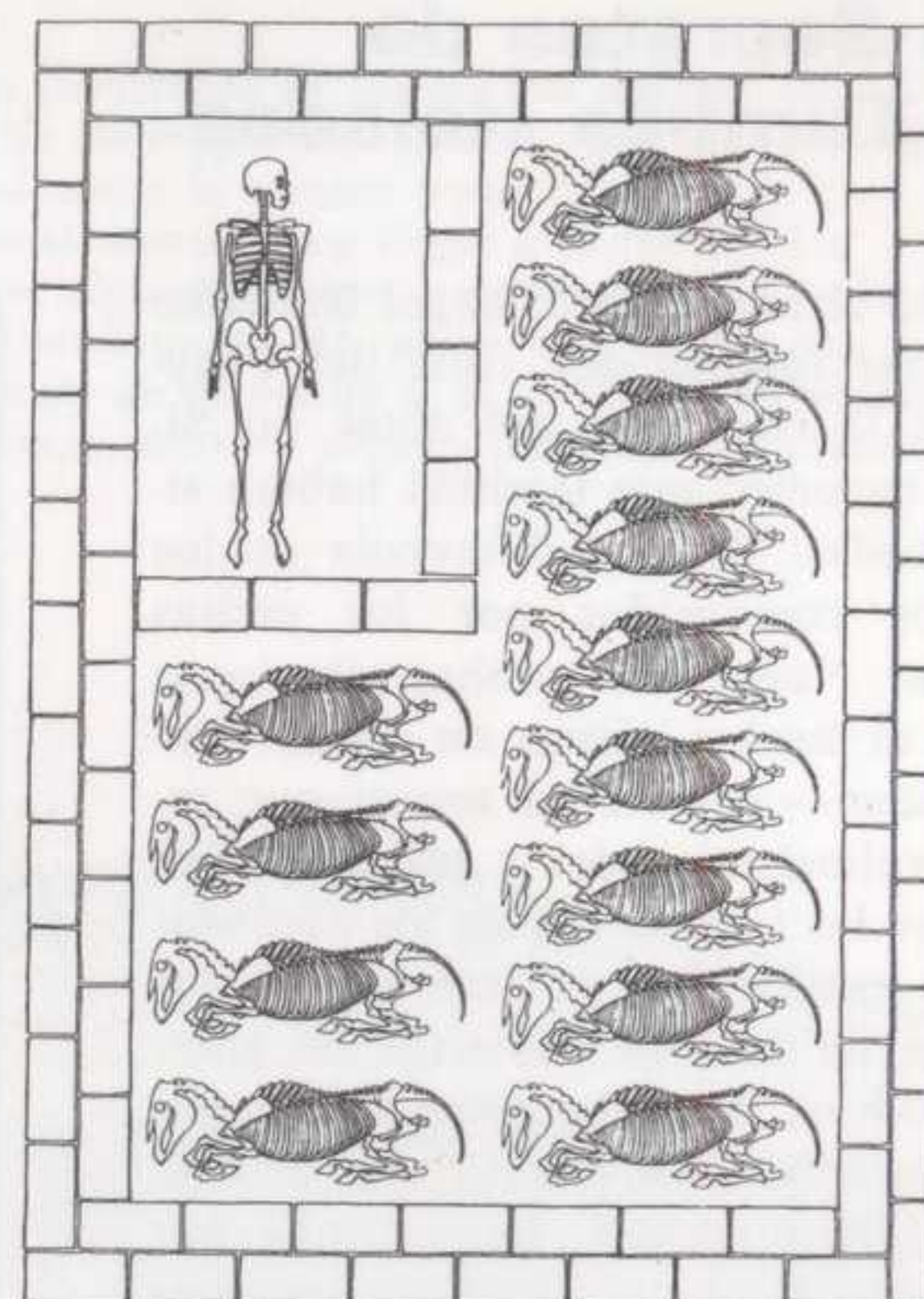
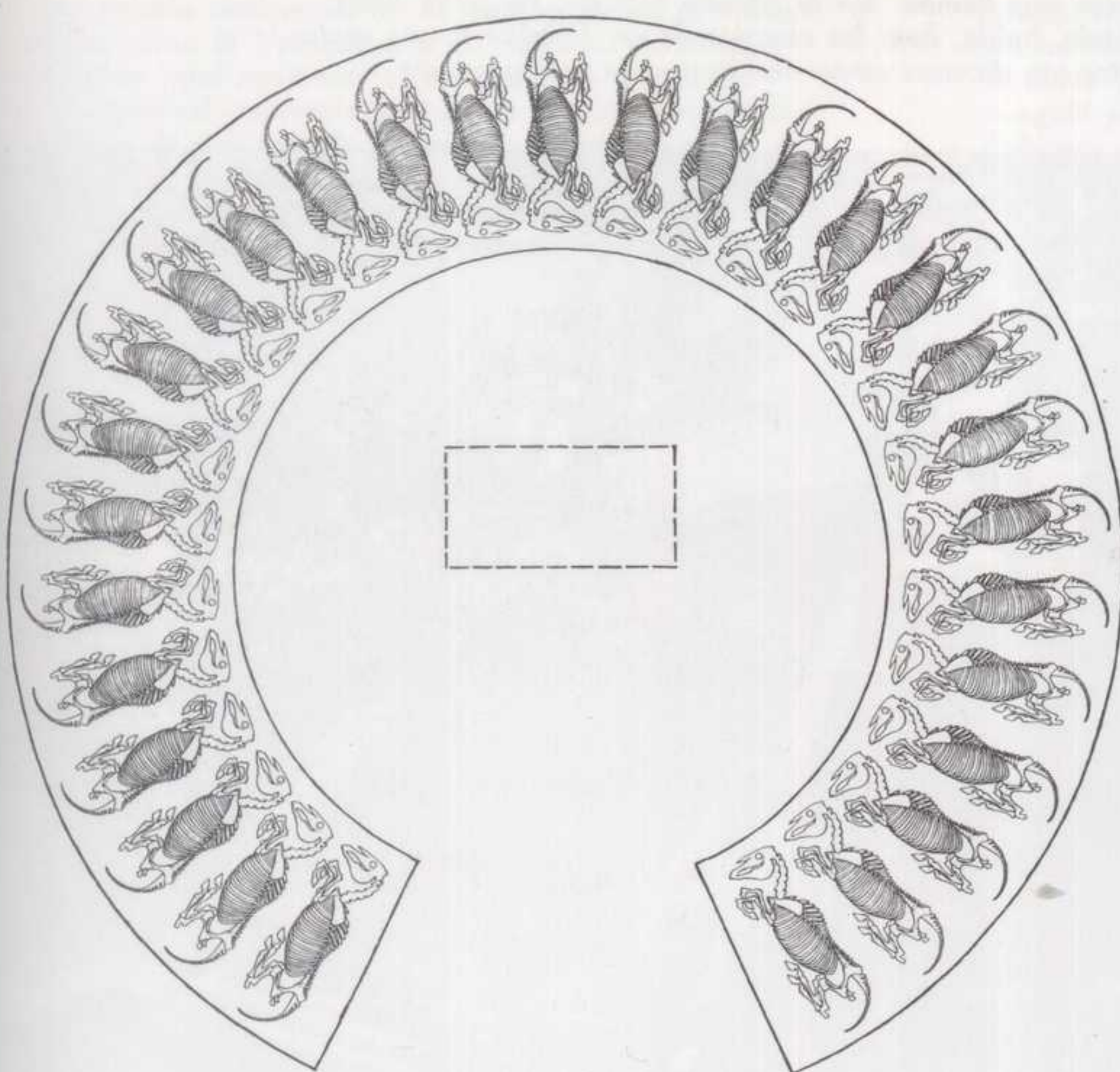
da de sus muertos, las hicieron tan llamativas como fuera posible apilando montículos de tierra o de piedra, o de ambas cosas, sobre las tumbas. Llamados *kurgans* en ruso, hay un gran número de ellos en toda la extensión de la estepa. Tan sólo en Ucrania hay unos 100.000 túmulos. En la zona de Minusinsk, en Siberia, hasta donde alcanza la vista el terreno es una gigantesca necrópolis. Desde una montaña, el historiador austriaco Gero von Merhart contempló la escena durante la Primera Guerra Mundial.

“Aquí, a nuestros pies, podemos ver el primer cementerio en una solitaria hondonada que está a gran altura de la ladera por la que hemos subido: túmulo tras túmulo en un conjunto irregular, circundado cada uno por piedras que ha desgastado la intemperie, con losas delgadas, pero anchas y altas, a menudo de formas grotescas, según la manera en qué se hayan roto; algunas han caído al suelo, otras están agrietadas y se tambalean, pero la mayoría de ellas se yergue todavía intrépidamente,

reunidas en este valle de la muerte cual un hato petrificado de misteriosos animales de color rojo oscuro. Procuramos poner algún orden en esta confusión y los contamos: hay más de 100 montículos en un solo espacio angosto, ninguno de ellos de menos de diez metros cuadrados de área, y muchos tienen varias veces esas dimensiones. Y allá abajo, al pie de la montaña, vislumbramos otro campo de túmulos, y otro, y otro... y luego más *kurgans* esparcidos a lo largo y lo ancho de la llanura.”

Durante siglos, de estos túmulos se pudieron sacar muchas cosas, menos conocimientos. En la época de Pedro el Grande ya se habían creado fábulas y leyendas en su torno, pero para el osado e irreverente, los grandes montículos se alzaban como constantes incitaciones al robo.

En realidad, fue el saqueo en gran escala de las tumbas ocultas en las entrañas de estos túmulos lo que fijó la atención de Pedro el Grande en los viejos monumentos de los jinetes y preparó el esce-



En un túmulo del Cáucaso se hallaron los esqueletos de 29 caballos dispuestos en un foso circular (izquierda) rodeando la sepultura de su amo. Otra tumba (arriba) de la misma región estaba casi enteramente llena con los cuerpos exactamente alineados de 13 caballos.

nario para el redescubrimiento de los escitas y de otros pueblos nómadas montados. En 1715, Pedro y la emperatriz Catalina recibieron una pasmosa colección de antiguas placas, medallones, hebillas y monedas de oro como obsequio para conmemorar el nacimiento de su primer hijo. El tesoro, tomado de los montículos funerarios de alguna parte de Siberia, fue reunido por el donador, Nikita Demidov, quien había iniciado su vida como herrero y acabó siendo uno de los más ricos dueños de minas de los Urales, además de compañero de Pedro el Grande en algunas de las famosas borracheras del Zar. El presente de Demidov, evaluado tan sólo por el peso del oro, valía unos 100.000 rublos, cuantiosa suma de dinero incluso para un hombre tan rico como el Zar.

Sin embargo, lo que dio que pensar a Pedro el Grande y a su corte no fue tanto la extravagancia del gesto de Demidov cuanto la maestría y dinamismo con que estaban representados los animales en las diversas piezas. Muchos ardían de furia: un lobo

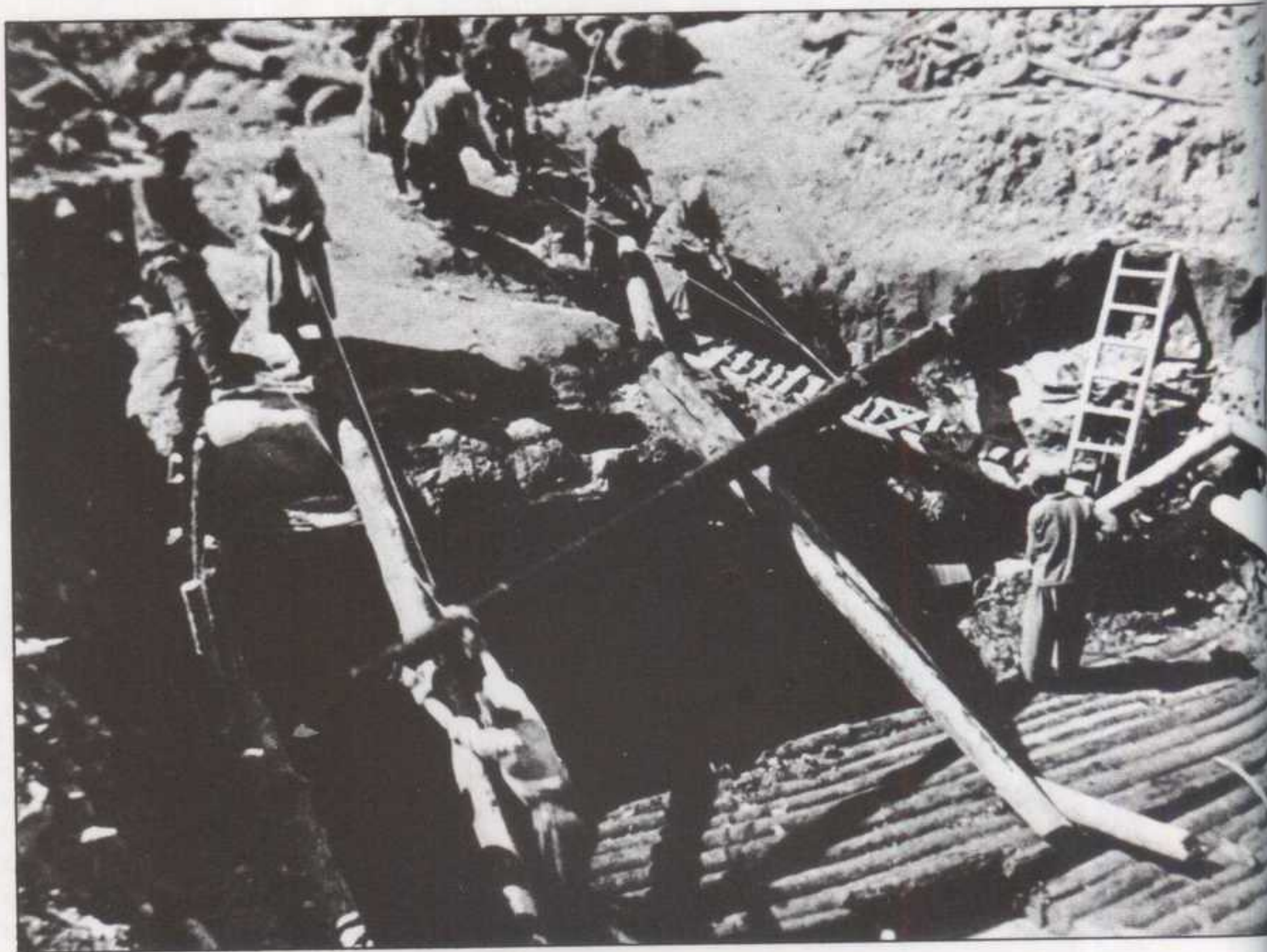
que forcejeaba en los anillos de una serpiente; un caballo y un felino cuyos cuerpos se retorcían en una lucha a muerte; un ave parecida a un halcón que sujetaba a un cisne en sus crueles garras.

El Zar se sintió consternado cuando se enteró de que otras piezas de parecida belleza estaban siendo robadas de las tumbas siberianas para fundirlas. En seguida dio órdenes de poner fin a esta destrucción y exigió que de allí en adelante se entregaran esas reliquias a la Corona. En respuesta, el gobernador de Siberia reunió y envió a Pedro el Grande 90 objetos de oro que pesaban casi 27 kilos. Esta colección, junto con el generoso regalo de Demidov, se convirtió en el núcleo del "Tesoro Siberiano de Pedro el Grande", que en la actualidad se exhibe en el Museo Hermitage, en Leningrado. A la muerte de Pedro el Grande, ocurrida en 1725, el tesoro comprendía una enorme diversidad de placas —algunas de ellas tan grandes como la mano de un hombre—, hebillas, collares y planchas, casi todo ello estam-

Los Secretos de las Tumbas Heladas

Cuando el arqueólogo Sergei Rudenko abrió las tumbas del valle del Pazyryk en la cordillera del Altai, en Siberia, encontró que también habían sido robadas. Pero, a diferencia de los túmulos construidos por los escitas del mar Negro, las tumbas siberianas —por el hecho mismo de haber sido saqueadas— dieron un tesoro que resultó valiosísimo por la luz que arrojó sobre las costumbres de los nómadas de la estepa. En el interior de las tumbas de troncos cubiertas de grandes piedras, la temperatura había descendido abajo del punto de congelación, y la humedad, que entraba por dos boquetes que abrieron los ladrones de tumbas, se convirtió en hielo. Por eso, las sepulturas se volvieron depósitos de congelación en que se conservaron los cuerpos de los reyes tribales, de sus mujeres y caballos, y sus posesiones de piel, tela, cuero y madera.

En 1949, los ayudantes de Rudenko retiran los troncos que cubrían una tumba. En la cámara inferior, en parte llena de hielo, había, bajo los cuerpos de un hombre y una mujer, objetos tan diversos como una trenza de pelo y quesos.



pado con los motivos de estilo zoomorfo que cada vez se iba conociendo mejor.

Aunque en el transcurso del siglo XVIII fue aumentado el número de estas inestimables curiosidades, nadie podía decir con certeza quién las había hecho. Y entonces comenzaron a aparecer no sólo en Siberia, sino también en el sur de Rusia. En 1763, el general Alexis Melgunov, de servicio militar en la Ucrania, decidió escudriñar algunos de los grandes montículos que interrumpían la monotonía del llano paisaje entre los ríos Bug y Dniéper. Empezó a cavar en uno de ellos. Aunque sus métodos y anotaciones habrían de hacer que a los arqueólogos posteriores les rechinaran los dientes, desenterró un asombroso y soberbio tesoro. Además de objetos de oro adornados con animales, comprendía varias piezas de excelente hechura griega.

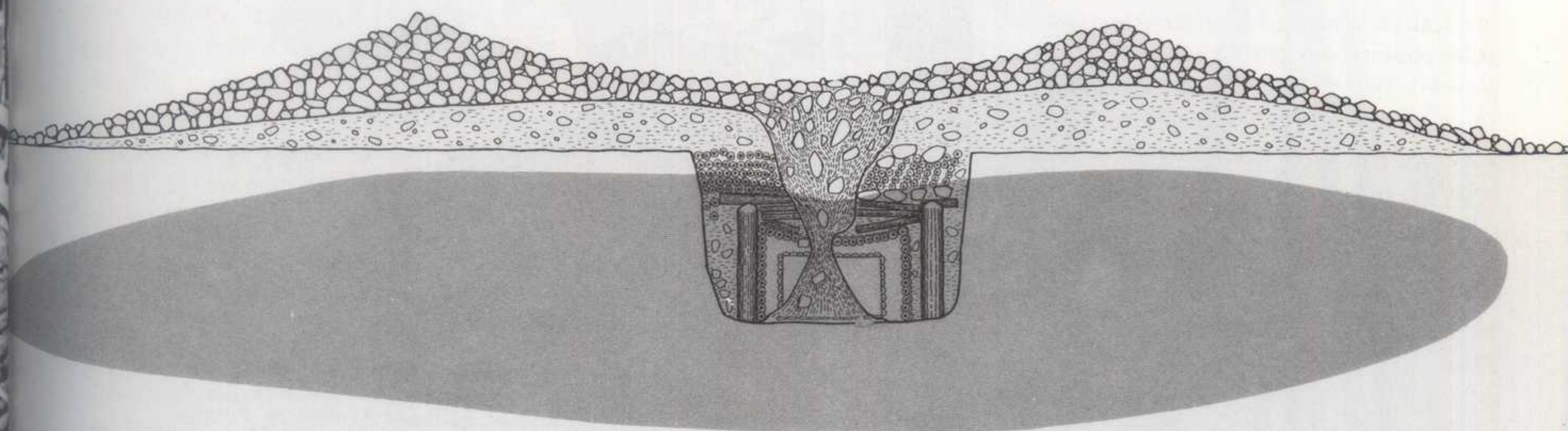
El tesoro fue enviado a Catalina la Grande, que ahora ocupaba el trono. Causó sensación en la corte, y como Catalina sostenía relaciones diplomáticas

con muchas de las naciones de la Europa occidental, la noticia llegó a oídos de eruditos franceses y alemanes, y provocó una multitud de excavaciones en el sur de Rusia. Se estableció un vínculo entre los hallazgos y los jinetes descritos por Heródoto. ¿Acaso no había indicado el historiador que los escitas mantenían estrecho contacto con las ciudades griegas del mar Negro? Y aquí, en las tumbas de este pueblo olvidado desde hacía tanto tiempo, había piezas de origen y hechura griegos.

Las excavaciones hechas en el sur de Rusia durante la primera mitad del siglo XIX se realizaron, casi siempre, sin un método científico. Sólo después de 1859, cuando se fundó la Comisión Rusa de Arqueología, se estudiaron las tumbas de una manera metódica. Para entonces, desde hacía mucho se reconocía que las tumbas rusas del sur pertenecían a los escitas, y conforme se acumulaban las pruebas de la grandiosidad con que sepultaban a sus jefes, los eruditos fueron comprendiendo que Heródoto

En esta sección transversal de un enterramiento del Altai se explica cómo la Naturaleza y los ladrones de tumbas concurren para conservar el contenido de éstas. La cámara sepulcral, revestida y techada con troncos, estaba en el fondo de una fosa de 4,5 metros de profundidad. Al nivel del suelo se extendió la tierra de la fosa para formar un montículo de poca altura, el cual se cubrió luego con una pila de piedras. El frío aire invernal se mantuvo

helado entre los intersticios de las piedras durante los breves veranos de las montañas, de modo que una parte de la tierra que rodeaba a la cámara sepulcral (gris) se congeló permanentemente. Para llegar a la tumba, los ladrones quitaron algunas piedras, cavaron hasta el techo y abrieron en él un boquete. Al colarse el agua por éste, cubrió el contenido de la tumba y se congeló, volviéndose hielo. Con el tiempo, tierra y piedras taparon el boquete.



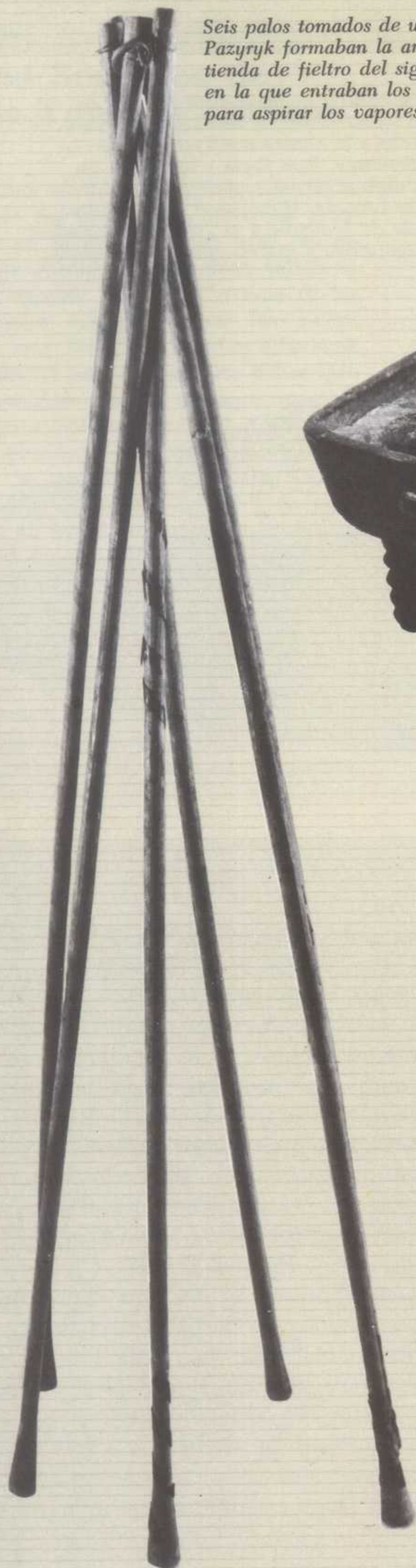
había contado la verdad. Al mismo tiempo, la esplendidez de los objetos hallados en las tumbas demostraba sin lugar a dudas que los escitas habían sido un pueblo poderoso que seguramente controlaba el lucrativo comercio que pasaba por sus dominios.

Al enriquecerse, los escitas dieron rienda suelta a su pasión no sólo por los objetos de oro, sino también por las obras griegas que los representaban en varias actividades familiares. No podían haber previsto la conmoción que producirían estas piezas muchos siglos después. Porque aquí, en el oro y la plata de los lados de los vasos y cuencos, están sus rasgos físicos, sus vestiduras, sus avíos, sus animales: un testimonio visual casi tan preciso y vívido como una fotografía.

Algunas de las obras griegas han alcanzado una celebridad especial entre los estudiantes de arte y arqueología; en los textos eruditos, es suficiente una alusión lacónica a ellos, sin descripción alguna, para evocar una imagen detallada en la memoria

de los expertos. Así, por ejemplo, a una peineta de oro sacada en 1912 de un túmulo de Solokha, en el Dniéper inferior, suele llamársele, sencillamente, la peineta de Solokha. Para el profano, quizá el nombre no quiera decir nada; pero cuando uno ve la peineta (página 38) y recuerda su origen, no puede menos de quedar atónito ante la belleza de su ejecución. Adornando la parte superior hay dos guerreros a pie que luchan con un guerrero montado de armadura griega, escena realizada con tan sorprendente detalle que incluso se ve la sangre que fluye del cuello de un caballo herido.

Otras piezas de hechura griega son igualmente gráficas y bellas. Un ánfora de plata dorada (página 30), descubierta en 1862 en una tumba de un lugar llamado Chertomlyk, también en el Dniéper, tiene en su centellante superficie el relieve de un grupo de escitas que podrían ser vaqueros norteamericanos: uno de ellos está enlazando un caballo de hirsuta crin, otro le está quitando las maniotas a



Seis palos tomados de una tumba de Pazyryk formaban la armazón de una tienda de fieltro del siglo V a. de J., en la que entraban los jinetes del Altai para aspirar los vapores del cáñamo.



Para producir las emanaciones narcóticas dentro de la tienda, se calentaban piedras en el fuego y se colocaban en recipientes como los de arriba, y luego se esparcían sobre ellas abundantes semillas de cáñamo. Estas vasijas de bronce, halladas también en Pazyryk, contenían piedras y semillas quemadas.

un caballo ensillado. En la brillante superficie de un jarrón de electro (*página 34*), desenterrado en un *kurgan* de Kul Oba (Crimea) en 1875, dos escitas conversan, un tercero ajusta la cuerda de un arco, y otro escita, con los dedos extendidos y atenta la mirada, explora el diente enfermo, o tal vez una herida, en la boca de un compañero.

Han seguido encontrándose piezas semejantes de origen griego en las tumbas escitas; el impresionante pectoral de oro encontrado en Ucrania en 1971 no es más que una de ellas. En 1969, a un joven arqueólogo soviético, Vasili Bidzilya, se le encomendó la tarea rutinaria de explorar algunos montículos funerarios en el Dniéper inferior, que estaban amenazados por un nuevo proyecto de riego. En uno de los túmulos descubrió una copa de la amistad hecha de oro y plata (*página 29*), la cual tiene figuras a las que el historiador soviético Alexander Kirpichnikov llama "probablemente los mejores retratos de escitas que existen".

En un lado de la copa están sentados dos hombres

barbados de largos cabellos. Con látigos en las manos, ambos usan largas túnicas o caftanes de tela adornada con diseños, y ceñidas botas de cuero atadas con correas en los tobillos. Un talabarte rodea la cintura de uno de los hombres; el otro sostiene una aljaba llena de saetas, y junto a él se ve una funda de arco y un arco. En el lado opuesto de la copa, desgraciadamente dañado, hay un grupo de hombres, entre ellos dos figuras sentadas y sin barbas, cada una de las cuales tiende un brazo hacia la otra; en la rodilla de uno de los hombres descansa una copa. A su izquierda se distingue una figura que bebe en un odre. Las manos y los rostros de todas las figuras son de plata, y sus vestiduras de oro, y ello produce un efecto luminoso, natural.

Sin embargo, esta copa de oro y plata no fue más que uno de los magníficos tesoros que sacó Bidzilya de las tumbas del Dniéper y entregó al doctor Boris Piotrovsky, director del Museo Hermitage. Según cuenta el historiador Kirpichnikov, el director, "con los ojos desmesuradamente abiertos, vio cómo iban depositando sobre su mesa escritorio, uno tras otro, vasos de bordes de oro, un cuenco de oro y plata, dos cuernas ornamentadas con oro y plata, tres vasijas de plata y un atado que contenía centenares de pequeños discos de oro".

Estos hallazgos nos dan una idea de la inmensa riqueza de los escitas, pero bastan los túmulos mismos para indicar el poderío de los jinetes. El *kurgan* de Chertomlyk es uno de los más impresionantes. Los escitas lo construyeron de 18 metros de alto (la altura de un edificio de seis pisos), con una base de 330 metros de perímetro, y rodeado de piedras. Se llegaba al montículo por una especie de callejón formado también por piedras.

Cuando los arqueólogos excavaron en Chertomlyk en 1862, descubrieron un conjunto de tumbas subterráneas que sólo podían haberse cavado con tantas fatigas como las que se necesitaron para construir el

enorme túmulo. Los escitas habían abierto primero una gran fosa vertical que medía 4,5 por 2 metros en la parte superior y paulatinamente se ensanchaba como un largo y estrecho cono al descender hasta una profundidad de 11 metros. El ancho fondo de la fosa formaba la cámara sepulcral mayor, y en ella estaban los fragmentos del ataúd vacío de un rey. Otras cuatro cámaras comunicaban con la principal, y por una de ellas, un pasadizo conducía a otra cámara más grande, cuyo propósito se desconoce aún.

Tres cámaras contenían los esqueletos de cuatro criados de la servidumbre personal del jefe, y la cuarta guardaba los de la concubina del rey y de su paje de armas. La concubina había sido colocada en un lecho cuyos restos conservaban aún señales de pintura verde, amarilla y azul. En la frente de la mujer reposaba una banda de planchas de oro forjadas en forma de flores. A cada lado del cráneo descansaban los aretes, con pendientes de oro. El cuello estaba rodeado todavía por una torca de oro macizo cuyos florones tenían forma de leones. Unos brazaletes con cordoncillos de oro circundaban cada brazo, y en cada dedo había un anillo de oro, uno de los cuales estaba adornado con un pato volando. Cincuenta y siete placas de oro, que en otro tiempo habían refulgido sobre un vestido o mortaja de color púrpura, del que sólo quedaban jirones, evocaban el contorno del cuerpo.

Las joyas que llevaba la mujer quedaron eclipsadas por los otros hallazgos. La famosa ánfora de oro y plata con sus vaqueros escitas fue la pieza más hermosa del vasto y deslumbrador tesoro. De las diversas cámaras salió una multitud de adornos de oro: placas, botones, bandas, cilindros, pendientes, brazaletes, torcas. Tan sólo de una cámara se sacaron 2.500 piezas. De otra salió la plancha de oro de una funda de arco, que reproducía escenas de la mitología griega, un alfanje con empuñadura chapeada de oro, y 700 placas de oro. También se descubrie-

Un Don del Pasado en Frágil Madera

Expuesta a la acción de los agentes naturales, la madera se desintegra en poco tiempo, y por esa causa rara vez aparecen objetos antiguos de madera en las excavaciones arqueológicas. Pero en Siberia, en las tumbas congeladas de los jinetes del Altai, sobrevivió más de dos milenios una gran variedad de figuras labradas, para delicia de quienes las ven en el siglo xx. Adheridas todavía a unos arreos de caballo, estas piezas revelan la habilidad de los talladores en madera para reproducir certeramente, aunque a menudo con ojos extravagantes, la esencia de sus temas.

Con encorvados cuernos de cuero y el cuerpo cubierto de pan de oro, este carnero de una brida del siglo IV a. de J. mide menos de ocho cm. de largo.



Con un cuerno que le brota del pico, la llamada ave fantástica pudo haber sido la cresta para la máscara de un caballo. Sólo quedan fragmentos del pan de oro que cubría la cabeza, de 20 centímetros.



El sonriente gato de tres dedos, de 10 cm. de largo, es uno de los 8 felinos recostados, de cortas y redondeadas orejas, que adornaban una brida de cuero.

El enrollado cuerno de este perfil de una cabra montés, de 8 cm. de largo, se hizo con un pedazo de grueso cuero.





Las figuras talladas de dos hombres de expresión solemne —adornos de una brida descubierta en las tumbas heladas— tienen el pelo peinado hacia arriba y barbas acicaladas. Son temas raros en el arte de las estepas; los animales figuran mucho más a menudo que los seres humanos en las obras de los jinetes del Altai. Cada una de las cabezas de madera mide unos 10 centímetros de alto.

ron numerosas ánforas y calderos de bronce, así como piedras de afilar y empuñaduras de látigo, adornadas también con oro. Los arqueólogos recogieron a centenaras puntas de saeta hechas de bronce, junto con puntas de lanza, espadas y pendones decorados con formas animales, y mezcladas con estos diversos objetos de bronce había hojas de cuchillo, de hierro. Y en tres fosas, cada una de unos 2,70 metros de lado, los excavadores descubrieron los restos de once caballos con adornos de oro y plata en las bridas; cerca de ellos habían enterrado a dos palafreneros, cada uno con una aljaba y flechas.

Mas este tesoro no fue más que una parte de los hallazgos hechos por los arqueólogos. La tumba había sido violada en tiempos antiguos por ladrones que horadaron el montículo para llegar en línea recta a la cámara mayor, y allí, tras saquear el ataúd del rey en el fondo del pozo central y esparcir al azar sus huesos, juntaron algunos de los objetos de valor para llevárselos. Pero el pillaje fue interrumpido por un derrumbe que sepultó a uno de los ladrones con su lámpara de aceite de seis mechas y, sin duda, hizo que sus cómplices huyeran a gatas para salvarse. Si el saqueo no hubiera terminado de este modo, se habría perdido todo lo que contenía el túmulo, y el mundo actual sabría incomparablemente menos acerca de los escitas.

El pillaje de las tumbas era una profesión venerable, una profesión que tuvo sus comienzos en la antigüedad y llegó hasta el siglo xx. Evidentemente, la técnica del saqueo de las tumbas se perfeccionó junto con la técnica de construir tumbas cada vez más complicadas. Muchas de ellas fueron violadas con gran habilidad poco después de que se había dado sepultura a sus ocupantes. El túmulo de Chertomlyk parece haber sido uno de los que saquearon tras poco tiempo. Incluso, tal vez los ladrones se contaban entre los mismos trabajadores que ayudaron a cavar la tumba y apilar el túmulo o entre aquellos

que tenían el encargo de custodiar la sepultura.

En la época de Pedro el Grande, el pillaje de las tumbas había alcanzado ya un nivel asombroso de profesionalismo, y los *kurgans* estaban siendo saqueados sin miramientos. En la región de Siberia en que el sabio austriaco von Merhart había visto los campos de túmulos “esparcidos a lo largo y lo ancho de la llanura”, una clase de ladrones conocidos con el nombre de *bugrovshchiki* (cavadores de montículos) estuvo a punto de organizarse como una industria.

“Los *bugrovshchiki* . . . transmitían de padre a hijo la habilidad en un oficio que consideraban muy respetable”, dice el autor alemán Karl Jettmar en su obra *El arte de las estepas*. Por el tamaño de los montículos, podían determinar cuáles era más probable que contuvieran tesoros, y gracias a su conocimiento de cómo se construyeron los túmulos “calculaban con exactitud en qué dirección había que cavar el pozo a fin de llegar al tesoro. No es de extrañarse que en ese tiempo hubiera un precio corriente de mercado para el oro siberiano robado”.

Aunque hoy en día casi no hay probabilidades de encontrar intacta la tumba de un jinete acaudalado de las estepas, incluso las tumbas que fueron violentadas pueden ofrecer hallazgos sorprendentes, como lo han demostrado de manera emocionante las tumbas congeladas de Siberia. Las más famosas están en el valle del Pazyryk, en la cordillera del Altai, un poco al norte de la frontera siberiana con Mongolia. Según Sergei Ivanovich Rudenko, arqueólogo soviético que dirigió las excavaciones de las tumbas de Pazyryk primero en 1929 y nuevamente después de la guerra, de 1947 a 1949, constituyen el cementerio de una comunidad de jinetes del siglo iv a. de J. que se parecían mucho a los escitas del mar Negro en su “estilo de vida, ocupaciones, vestido, armas y otros aspectos de la cultura material”.

La conservación de las tumbas se debió a una fe-

liz combinación de varios factores: la manera en que se construyeron, el clima de la región y el cielo con que entraron los ladrones en las cámaras funerarias. Aunque las tumbas están muy al sur de la tundra siberiana, donde el subsuelo se hiela permanentemente, las grandes piedras que amontonaron los jinetes encima de ellas impidieron que el sol de la primavera deshelara la tierra llena de escarcha que había debajo. Al mismo tiempo, el aire frío del crudo invierno del Altai se coló por los intersticios de las piedras y convirtió las cámaras —revestidas por dentro y techadas con troncos de árbol cortados y ajustados— en neveras naturales. En el interior de las tumbas, la congelación se produjo paulatinamente, no con la suficiente rapidez para impedir que se descompusieran los alimentos enterrados con los muertos, pero sí para conservar la piel y el pelo de algunos de los cadáveres en tal forma que parecen de seres vivos. Más tarde, después de que entraron los ladrones, la lluvia y la humedad condensada del aire se filtraron por los boquetes que dejaron los intrusos hasta llegar a las cabañas subterráneas de troncos, y se congelaron alrededor de los cuerpos, las prendas de vestir, los arreos de los caballos y otros objetos. Por ese motivo, estos despojos de los jinetes quedaron confinados en el hielo como en una cápsula del tiempo, en espera de que fueran examinados 2.400 años después.

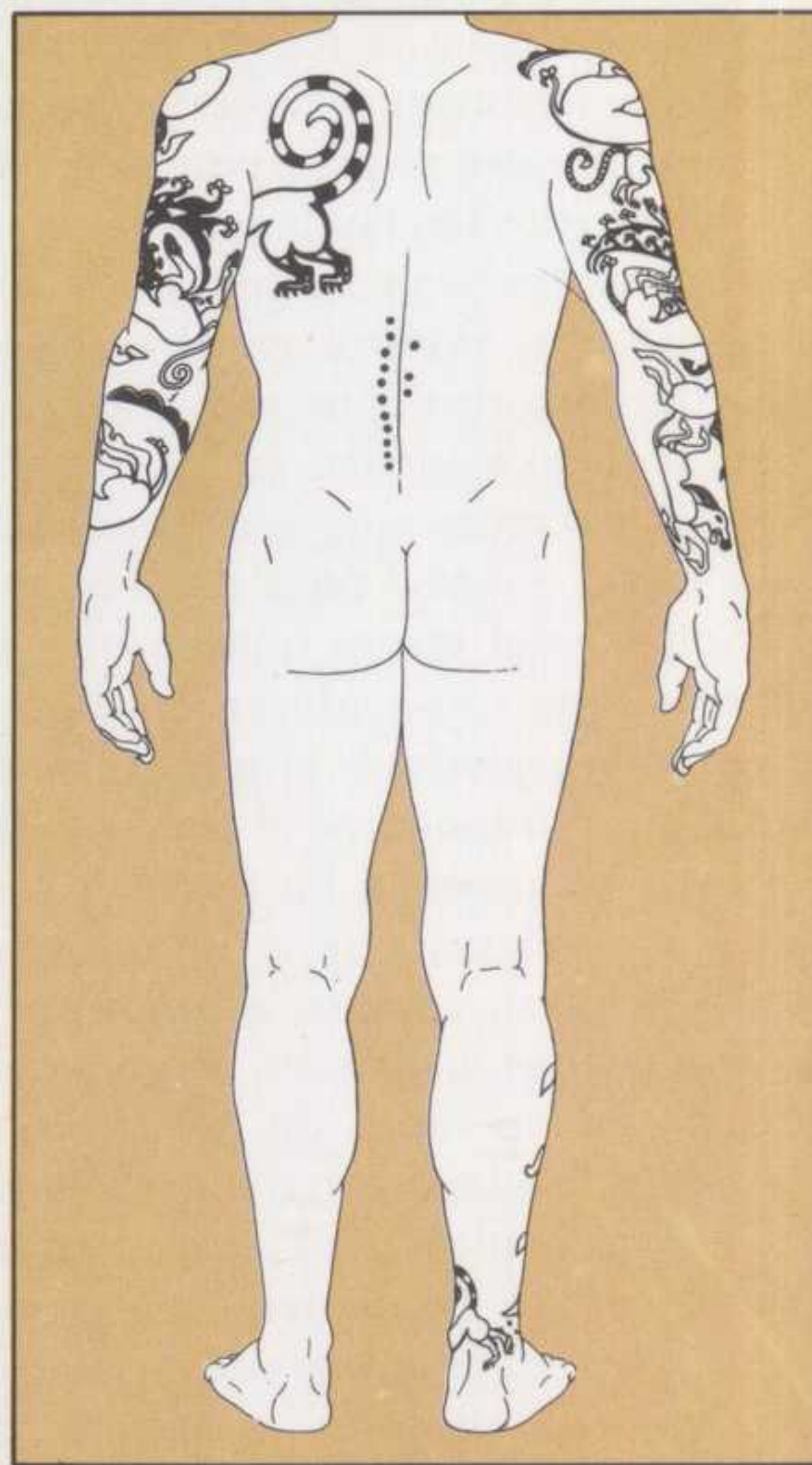
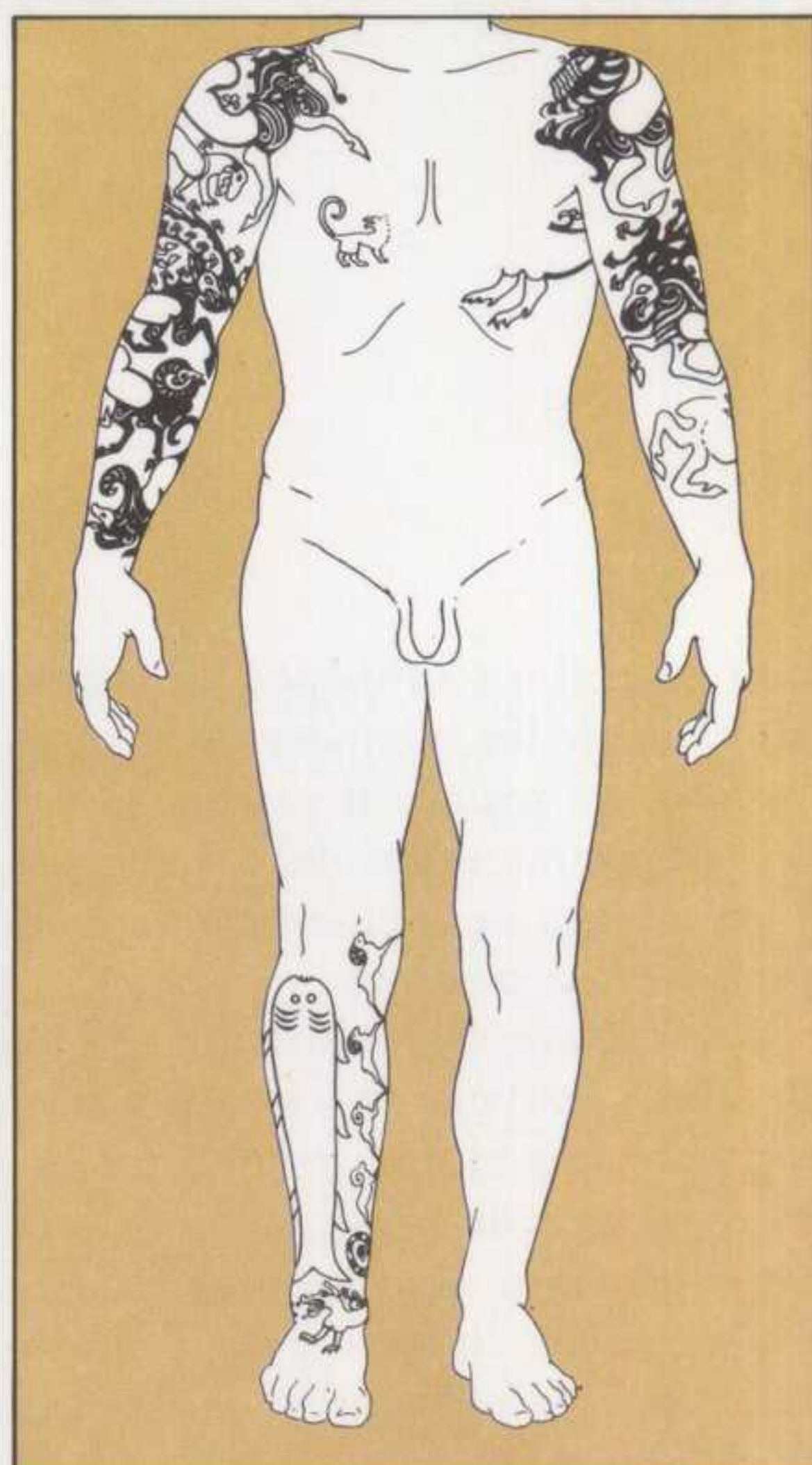
No todos los cuerpos de Pazyryk estaban bien conservados, pero los que sí lo estaban dieron información sobre los nómadas montados que, de otro modo, nunca se habría obtenido. Si Rudenko no hubiera encontrado más que los esqueletos, habría sabido que los reyes eran excepcionalmente altos y fuertes, y que las tribus del Altai eran, predominantemente, de tipo europeo, mezcladas con algunos hombres de linaje mongoloide. Pero los solos huesos no habrían revelado a Rudenko detalles personales tales como la longitud de una nariz o el color del

pelo. Por lo menos un hombre tenía pelo negro y ondulado, y una mujer, una abundante cabellera formada por trenzas de color castaño oscuro.

Entre los muertos congelados figuraba el cuerpo de un rey de constitución robusta, un hombre de más de sesenta años que, tal vez para poner de relieve su rango social, se había hecho cubrir de tatuajes: una verdadera galería de arte zoomorfo en su manifestación más extraña, con bestias reales e imaginarias que acechan a sus presas o saltan sobre ellas, que se agazapan, que huyen (*página 113*). En el lado izquierdo del pecho de este hombre se veía la cabeza de un grifo, cuyo cuerpo se retorció para pasar bajo el brazo izquierdo y subir al hombro, y cuya larga, rígida y enrollada cola estaba rematada por la cabeza de un pájaro o, tal vez, de una serpiente. En el brazo derecho aparecía una procesión fantástica formada por un onagro, un monstruo alado, un carnero de grandes cuernos, un ciervo con pico de águila y largas astas que se convierten en cabezas de ave, y el vislumbre de un carnívoro de largos colmillos. En el brazo izquierdo del hombre había dos ciervos y una cabra montés. Un pez cubría la espinilla desde la rodilla hasta el tobillo, y debajo de él, doblándose alrededor del pie, se enroscaba un monstruo de largos colmillos y cuernos, con cola felina y tres pájaros en el cuello.

El rey, como los demás muertos del Altai, había sido embalsamado cuidadosamente. El procedimiento entrañaba la extracción del cerebro y las vísceras, y de partes de los músculos; Rudenko supuso que el tejido muscular se consumía en ritos de canibalismo; basó esta posibilidad en el relato que hace Heródoto de que los isedones, una de las tribus vecinas de los escitas, comían ceremonialmente la carne de sus muertos. Después de que los cuerpos habían sido preparados adecuadamente, los rellenaban de hierba, musgo y hierbas aromáticas, y cerraban las incisiones con puntadas de pelo o de tendones. Afeita-

Congelado más de 2.000 años, el cuerpo de un viejo rey, desenterrado en 1947 de un montículo funerario del Altai, en el sur de Siberia central, tenía complicados tatuajes (derecha, arriba y abajo). Los diseños —creados pinchando la piel y frotando hollín en los pinchazos— formaban una colección de animales reales e imaginarios que se entrecaban en los brazos, cruzaban el pecho y la espalda, y subían por una pierna. Los puntos tatuados en la espina (derecha, abajo) tal vez se proponían aliviar el dolor de espalda. La foto de abajo es un detalle del brazo derecho, un venado que salta, con grandes astas y un pico de águila.



ban parcial o totalmente las cabezas, lo mismo que las caras de los hombres. Al parecer, si se afeitaba la cabeza era más fácil extraer el cerebro del cráneo. A las mujeres se les daba sepultura con las trenzas, y en el caso de algunos de los hombres, se les añadían barbas postizas.

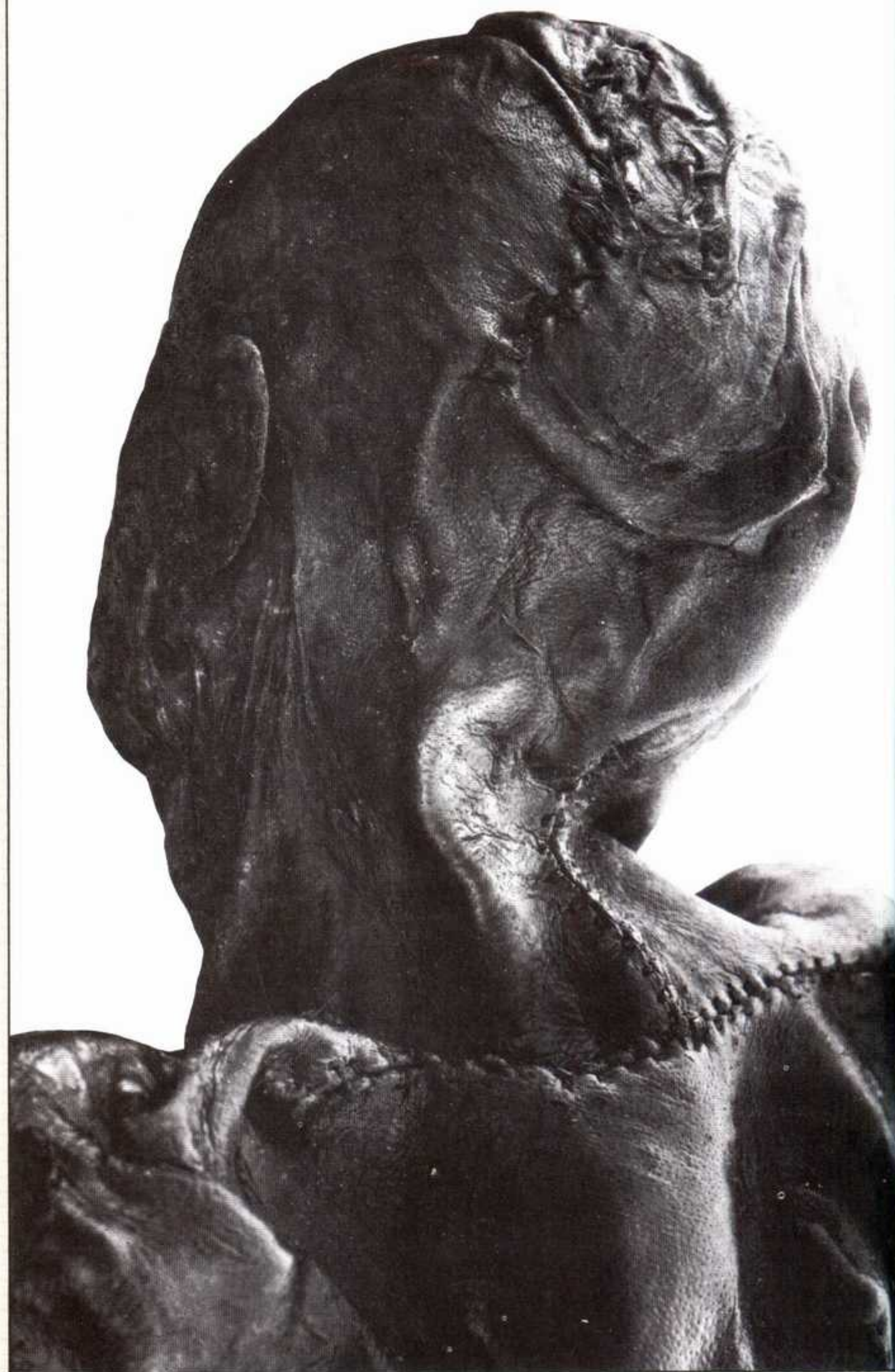
Los cadáveres descansaban en ataúdes de madera de alerce, cuyos lados estaban adornados con tallas o diseños zoomorfos recortados de pedazos de cuero o corteza de abedul y aplicados a la madera. A veces estaban enterrados juntos un hombre y una mujer, colocados pies a pies en un solo ataúd largo. Las ropas de los muertos habían sido dejadas encima de los cuerpos, y algunos hombres tenían la mano derecha cosida a la región púbica, rito cuyo significado no alcanzan a entender los arqueólogos.

Según parece, no duró mucho la paz de estos muertos preparados tan cuidadosamente. Antes de que las tumbas se llenaran de hielo, los ladrones entraron por boquetes abiertos en el techado de troncos. Y tan concienzudamente se dedicaron a su tarea que cuando entró Rudenko en las tumbas muchos siglos después encontró que los saqueadores habían “dejado meras sobras” para dar tan sólo exasperantes vislumbres del tesoro que en otro tiempo debe de haber estado esparcido en las tumbas.

En su búsqueda de riquezas, los ladrones perturbaban sin miramientos el sueño de los muertos: les cortaron las cabezas, los brazos y los pies para quitarles los collares y otros adornos, y echaron a un lado las ropas. Incluso arrancaron de las paredes de troncos las brillantes colgaduras de fieltro, tal vez con la esperanza de hallar oro escondido.

Aun así, Rudenko no quedaría defraudado. Había allí —conservados miles de años en la congelación— objetos hechos de madera, tela, piel y cuero, cosas que se habrían desintegrado en las tumbas comunes, pero que sobrevivieron milagrosamente para arrojar luz sobre la vida íntima de los jinetes del Altai.

De una tumba congelada del Altai proviene este cadáver de una mujer que tenía 40 años cuando murió hace 2.400. Para embalsamarla, le sacaron el cerebro y las entrañas. Luego, introdujeron balsamina y hierbas; las cavidades se rellenaron con pelo de caballo y musgo, y las cerraron con toscos puntos.



Las ropas que estaban intactas indicaron cómo vestían. Preferían las prendas de cuero, piel o fieltro, aunque las blusas de algunos hombres habían sido hechas con una fibra parecida al cáñamo. Los caftanes de hombres y mujeres consistían en numerosos pedazos de cuero parecido a la gamuza, cosidos unos con otros y adornados a veces con caprichosas aplicaciones de cuero. Entre otros artículos del atavío masculino figuraban largas medias de grueso fieltro negro o blanco con suelas de fieltro cosidas a ellas, túnicas con mangas decoradas y sombreros puntiagudos de fieltro que correspondían a una descripción hecha por Heródoto del tocado que usaban los escitas del mar Negro. Las mujeres tenían medias parecidas de fieltro, y una, botas de piel de leopardo, de suelas adornadas con diseños de cuentas: cuando se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas, podía lucir sus suelas de lujo.

Aún más ornamentales que las botas y las ropas eran las colgaduras de las paredes. Teñidas de fulgurantes rojos, azules, amarillos y verdes, y a menudo con aplicaciones de figuras zoomorfas, no cabe duda de que se parecían mucho a las que adornaban las tiendas de los vivos, y posiblemente muchas eran de las que ocuparon en vida los muertos. Entre otros posibles artículos caseros figuraban esteras y tapetes, uno de los cuales era una alfombra velluda de tipo persa, de más de 1,80 metros de lado y con dibujos de plantas, estrellas, grifos y una procesión de hombres a caballo (*página 134*). Esta alfombra, muy bien conservada, y otra que descubrió Rudenko algún tiempo después en una tumba, a unos 150 kilómetros del grupo de Pazyryk, son los ejemplos más antiguos que se conocen de tapetes velludos.

Lanzados al descuido por los ladrones, había decenas de otros objetos que daban fascinadores vislumbres de la vida de estas tribus del Altai: las desintegradas ruinas de un carruaje ceremonial de madera con cuatro ruedas de muchos rayos (*página*

57), mesitas de tablero ovalado cuyas patas podían quitarse para facilitar el transporte, taburetes de poca altura y un almohadón de fieltro relleno de pelo de venado; había también numerosas bolsas de cuero de diferentes formas y tamaños, una de las cuales contenía una tintura negra; otra guardaba semillas de cilantro que, al parecer, los jinetes apreciaban como antiséptico y aromático. Unos bolsos y unas telas de seda indicaban las relaciones comerciales con China. Un tambor hecho de cuerno, un instrumento de cuerda parecido al arpa y varios espejos sugerían inesperados refinamientos en la cultura de los nómadas. Y en una tumba, Rudenko encontró la prueba de que los miembros de estas tribus del Altai, como sus hermanos del mar Negro, aspiraban emanaciones de cáñamo; la prueba no consistía tan sólo en los postes y cubiertas de cuero para una tienda, sino también el recipiente que contenía las semillas de cáñamo (*página 106*).

A Rudenko lo asombraron la gran imaginación y habilidad con que fueron hechos varios objetos, entre ellos las propias tumbas, cuyos troncos cortaron y marcaron de antemano para guiar al constructor cuando las armara después. Las mesas plegadizas ponían de manifiesto la preocupación práctica de un pueblo que a menudo emprendía la marcha. Los vestidos mostraban una destreza en la costura que incluso los sastres actuales calificarían de soberbia. Una blusa tejida había sido diseñada en cuatro piezas —dos para la parte anterior y dos para la posterior— unidas sin nesgas y cosidas con trencilla y cordón. En la bastilla de un caftán se contaron hasta 20 puntadas por centímetro.

Sólo las tumbas de los caballos habían escapado al saqueo, y dieron a Rudenko la prueba más estridente de la habilidad artística de los nómadas. Los caballos, desde pequeñas monturas ordinarias hasta corceles de buena casta y muy vigorosos —en su mayoría de colores castaño y bayo con un tono dora-

do—, aún tenían puestas sillas simples, sudaderos, bridas y sobrecrines de fieltro y cuero. A menudo se adornaban estos arreos con formas animales, algunas hechas de metal, pero la mayor parte de cuero y fieltro en vivos rojos, verdes y azules. Algunos de los arreos estaban festoneados con pendientes de cuero y madera, estos últimos recubiertos a veces de oro. A varios caballos les habían puesto extraños adornos parecidos a máscaras de fieltro cubierto de cuero (*página 54*), que se ajustaban a las cabezas como fundas. Las máscaras estaban adornadas con motivos zoomorfos de muy diferentes clases. Uno de estos adornos tenía en la frente la aplicación de un tigre azul ornamentado con pequeños discos de oro, y de la parte superior le brotaba un par de astas de venado, de cuero y casi de tamaño natural, cuyas púas estaban rematadas con mechones de cerda de caballo, teñidos de rojo. En otra cubierta, un grifo, que se alzaba como una cresta entre las orejas del caballo, luchaba a muerte con un felino cuya retorcida figura cubría el hocico del animal.

Sacar del hielo tan diversas reliquias debe de haber sido una experiencia espeluznante, y tanto

más cuando los arqueólogos se detenían a pensar que probablemente estos muertos habían llevado sus rebaños a pacer en esta misma región de la estepa, que habían respondido al lento giro de las estaciones, les había encantado el sol y se habían retraído del frío. En el invierno, lo más seguro es que se hubieran acogido a los campamentos de cabañas de fornidos troncos, como se reflejaba tal vez en la estructura misma de sus cámaras funerarias. Y cuando por fin se les iba la vida, buscaban el último refugio en los abrigados valles.

Por enriquecedores de nuestros conocimientos que hayan sido los hallazgos del Altai, ni con mucho dan respuesta a todas las preguntas sobre los jinetes, o tan siquiera sobre este grupo. Los expertos todavía discuten, por ejemplo, los orígenes de los nómadas del Altai, como los de los gobernantes de la antigua Escitia. Pero la pregunta principal ha quedado, indisputablemente, contestada: aunque la crónica original de Heródoto parecía extravagante, la realidad arqueológica es que los jinetes de las estepas vivieron y murieron de manera muy parecida a como lo contó el Padre de la Historia.

Los Extravagantes Ritos Funerarios de los Escitas



Tres escitas ahogan su dolor en los cuencos de vino (primer término) mientras otro ofrece una copa al muerto, tendido en una carreta.

Prolongadas demostraciones de pesar seguían a la muerte de cualquier miembro de una tribu escita. Cuarenta días de procesiones y convites ceremoniales eran el preludio corriente al enterramiento de un cadáver. Mas estas expresiones efusivas de dolor no constituían más que una pequeña parte de la serie de ritos que durante todo un año seguían al fallecimiento de un rey. Como

homenaje al caudillo desaparecido, los miembros de todas las tribus de su dominio se unían a la solemne procesión al lugar donde se le daría sepultura, y cuando llegaban allí, participaban en las ceremonias prescritas de duelo, sacrificio y purificación.

Fascinado por lo que le parecieron ceremonias fúnebres insólitas, Heródoto, incansable historiador griego, puso

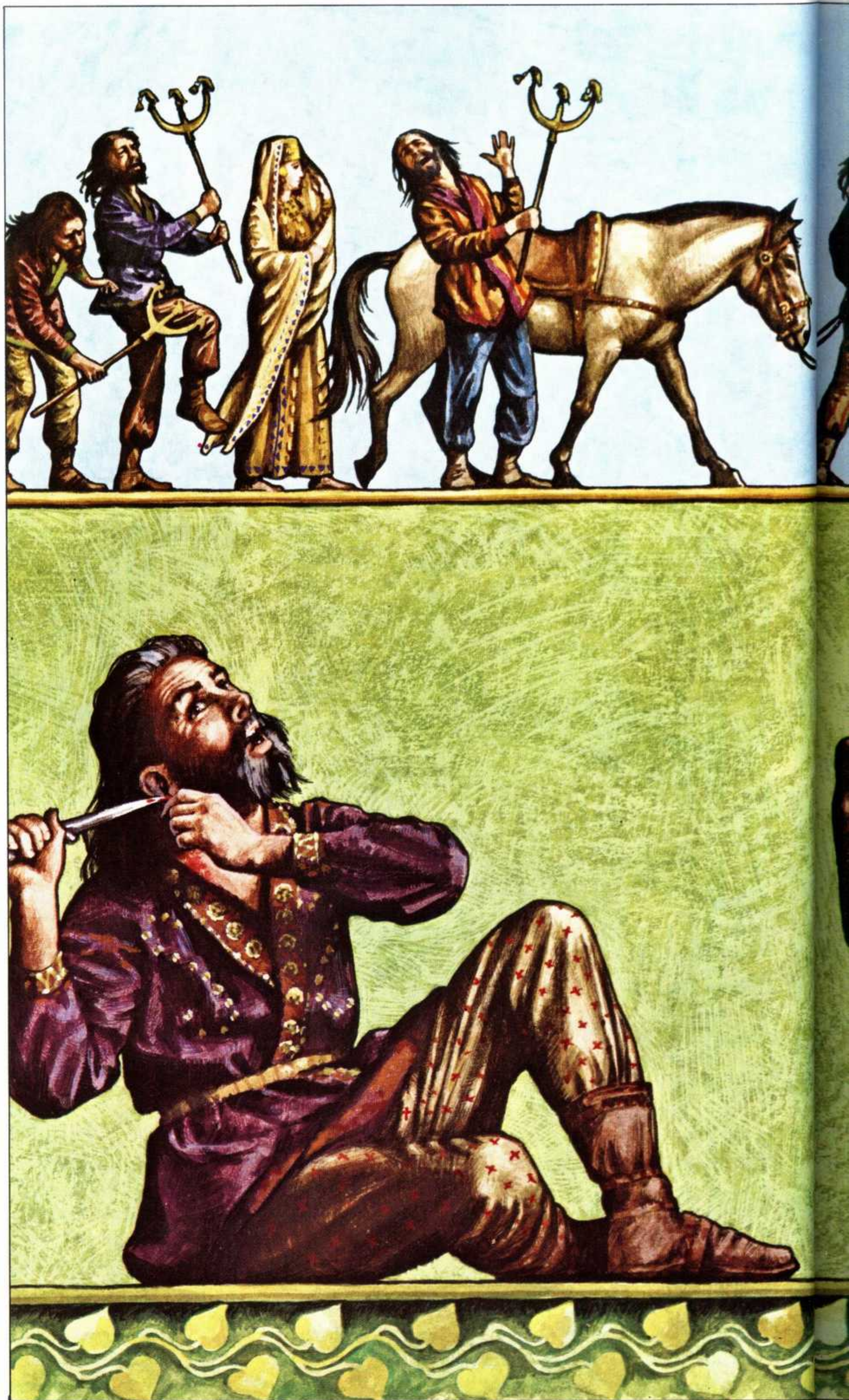
tanto cuidado en describir su modo de tratar a los muertos como el que había puesto para describir su vida. Los pormenorizados relatos de Heródoto y los recientes descubrimientos arqueológicos que los confirman y amplían sirvieron de base para las pinturas que aparecen en esta página y las siguientes, y algunas selecciones de su texto acompañan a las ilustraciones.

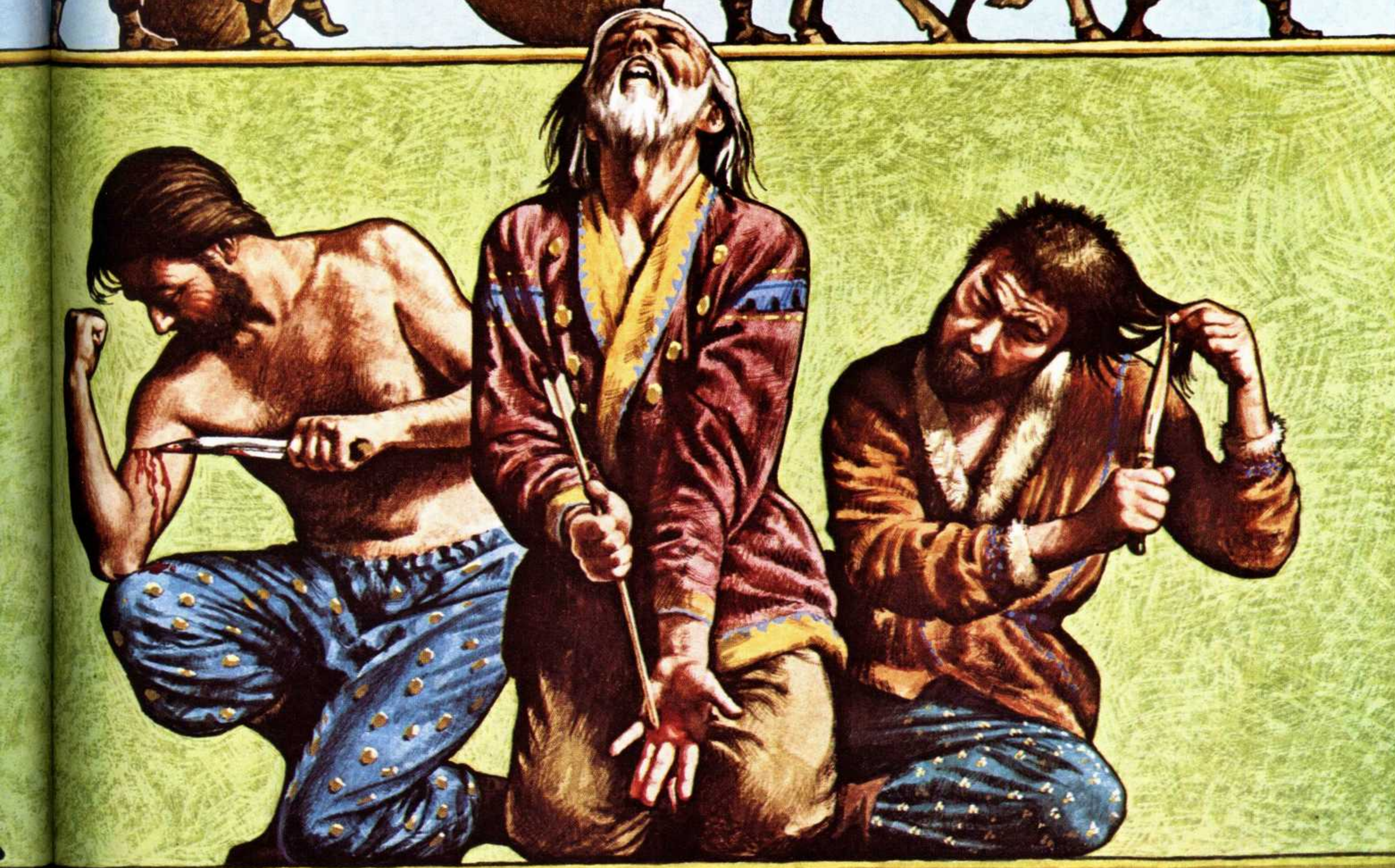
Heridas Para Honrar a un Rey

Cuando moría un rey escita, algunos de sus súbditos se dedicaban en seguida a disponer una tumba digna de él, mientras otros preparaban el cadáver para su entierro. La descripción que hace Heródoto del procedimiento que seguían para embalsamarlo deja muy poco a la imaginación:

“Toman el cadáver y, después de abrir el vientre y limpiarlo por dentro, lo llenan con una preparación de juncia machacada, incienso, semilla de perejil y semilla de anís, y una vez que lo cosen de nuevo, cubren el cuerpo de cera, lo ponen en un carro y lo transportan a otro pueblo de su dominio (*arriba, derecha*).

“En esta procesión, cada tribu, cuando recibe el cuerpo, imita el ejemplo que dan primero los escitas reales: se cortan un pedazo de la oreja, se rapan el pelo, se hacen cortes alrededor de los brazos, se desgarran la frente y las narices, y se traspasan la mano izquierda con saetas (*abajo, derecha*). Desde allí, los que cuidan el cadáver del rey lo transportan hasta otro de los pueblos que están bajo el dominio escita, y lo acompañan los escitas que fueron los primeros en recibirlo.”









Un Séquito Para el Más Allá

Heródoto no presenció nunca el entierro de un rey, pero, a juzgar por la evidencia que se ha descubierto en las tumbas, su relato es notablemente exacto. Aunque no pudo haber explorado el interior de las sepulturas reales, sabía que estaban situadas en una parte remota de la estepa y que las tumbas eran “grandes fosas cuadradas”. Asimismo, sabía que muchos de los acompañantes que habían rodeado al rey en vida lo acompañarían también en la muerte.

Cuando los dolientes terminaban la procesión fúnebre, dice Heródoto, “llegan al lugar donde están las sepulturas de los reyes. Luego, una vez colocado el cadáver en su tumba, tendido sobre una especie de lecho, clavan en el suelo unas lanzas, a uno y otro lado del cadáver, y sobre ellas tienden maderas para formar un techo, que después cubren con cañizo de mimbres. En el amplio espacio restante de la sepultura entierran a una de sus concubinas (*abajo, izquierda*), a la que han estrangulado, como también a su copero, su cocinero, su caballero, su criado, su recadero, sus caballos, primicias de todas sus demás posesiones y unas copas de oro, pues no usan para nada la plata y el bronce. Hecho esto, todos se dedican a amontonar tierra para formar un gran túmulo, empeñados a porfía en hacerlo lo más grande posible”.

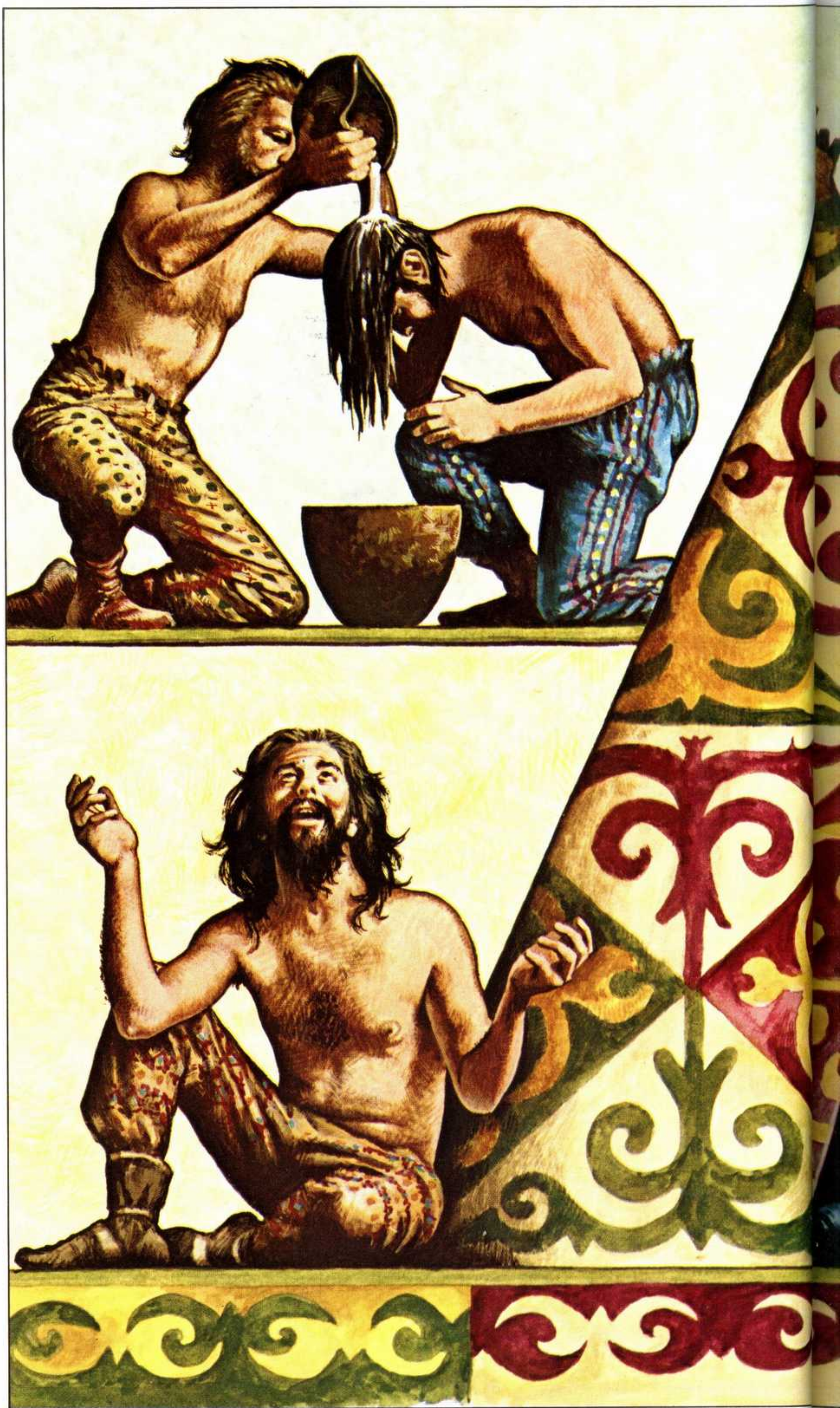
Purificación Ritual y Embriaguez

Las ceremonias no terminaban cuando se cerraba la tierra sobre el ataúd. Según Heródoto, la siguiente fase del duelo de los escitas era un rito muy curioso, al que consideró como una especie de aseo:

“Después del entierro, quienes participaron en él se purifican. Primero se lavan la cabeza (*arriba, izquierda*); las mujeres raspan un poco de ciprés, de cedro y de palo de incienso, y con las raspaduras, que son espesas, se emplastan todo el rostro y el cuerpo (*arriba, derecha*). Con eso, no sólo se impregnan de buen olor, sino también, cuando se quitan al día siguiente la cataplasma, quedan limpias y relucientes.

“Los hombres proceden así por lo que toca al aseo del cuerpo: plantan en el suelo tres palos cuyas puntas se unen; alrededor de ellos tienden fieltros de lana y, apretándolas lo más que pueden, meten unas piedras hechas ascuas en una pila colocada en medio de los palos y fieltros, y sobre ellas algunas semillas de cáñamo. El cáñamo es muy parecido al lino, menos en lo grueso y alto, en los cuales el cáñamo les lleva mucha ventaja. Los escitas toman la semilla de este cáñamo, entran bajo los fieltros y luego echan la semilla sobre las piedras hechas ascuas. La semilla, echada al fuego, sahúma y despide tanto vapor que ninguna estufa griega la excedería. Los escitas gritan, encantados con el sahumerio, y esto les sirve de baño, pues no se lavan en absoluto el cuerpo con agua.”

Heródoto cometió un error comprensible al suponer que los ritos del cáñamo eran comparables a las estufas griegas, pero, como los escitas no usaban agua, la tienda no podía haberse llenado de vapor. Sin duda, el humo embriagante se proponía transformar la mente más que purificar el cuerpo.





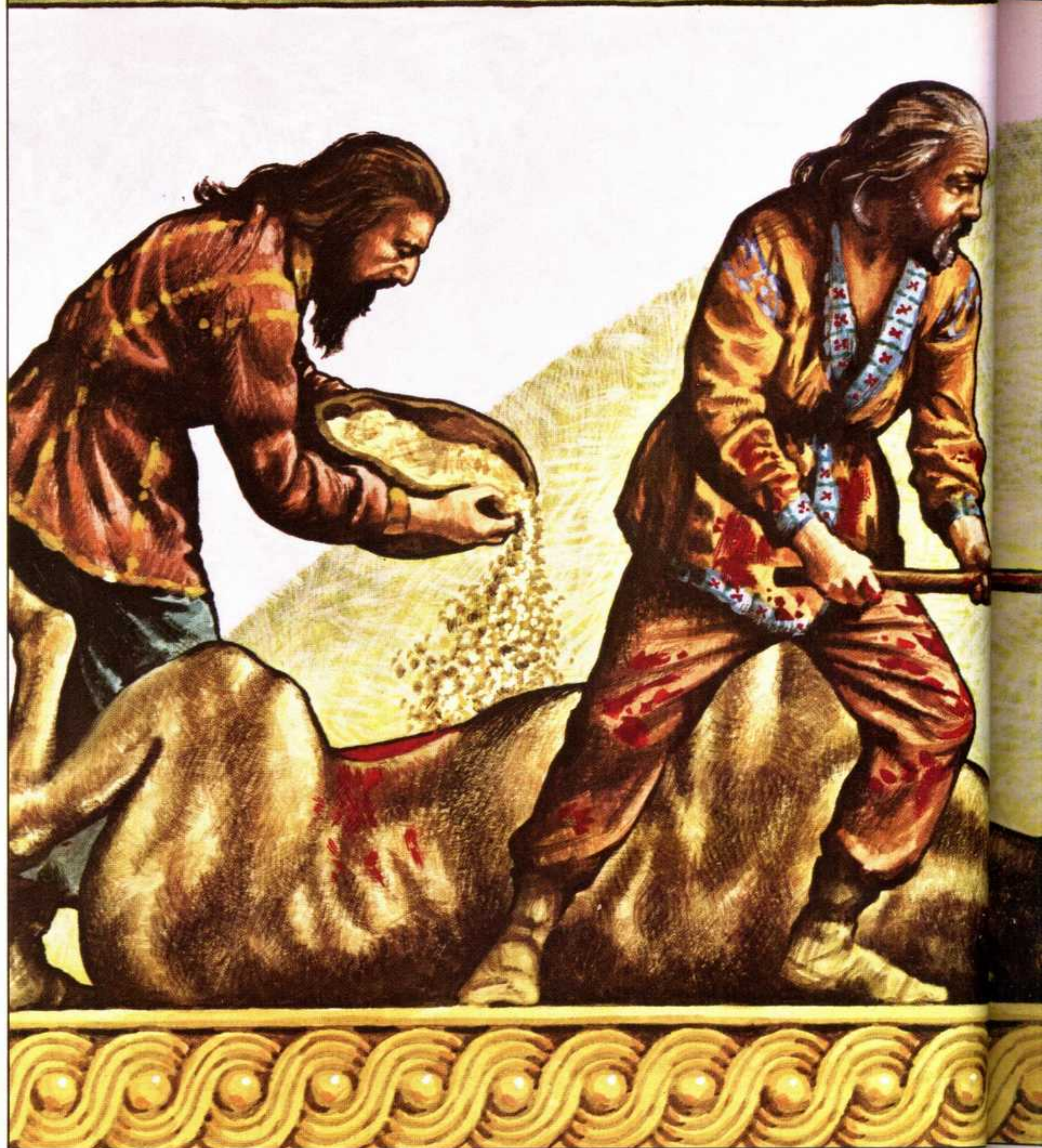
Un Año Después, Más Sacrificios

El duelo por un rey escita, según Heródoto, terminaba con una ceremonia en el primer aniversario de la muerte del rey. El relato de Heródoto concluye con una descripción de los últimos y macabros ritos:

“Transcurrido un año hacen lo siguiente. Toman a los más íntimos de los servidores del rey; de estos criados estrangulan cincuenta, juntamente con cincuenta caballos de los más hermosos.

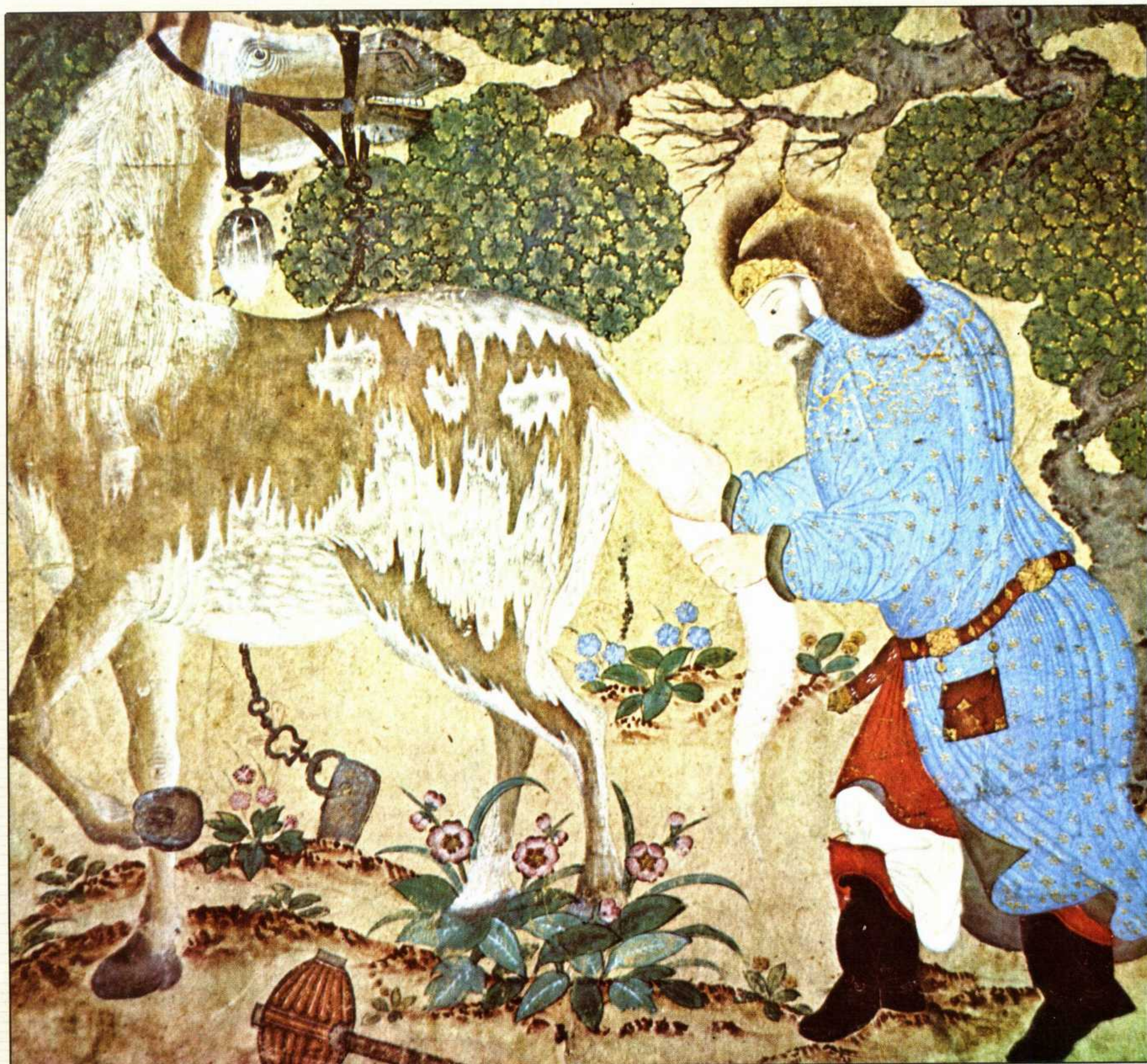
“Cuando han muerto, vacían y limpian a todos el vientre, lo llenan de paja e inmediatamente lo cosen. Hecho esto, clavan varios palos en el suelo, en grupos de dos palos cada uno; encima de cada par de palos ponen medio aro de una rueda para formar un arco. Luego, meten un palo grueso a lo largo de cada caballo hasta el pescuezo, y los suben sobre los aros; los primeros aros sostienen los hombros, y los postreros el vientre, por los muslos; las patas delanteras y traseras quedan suspendidas. Ponen a los caballos freno y brida, que tienden hacia adelante y atan a un palo.

“Suben a cada uno de los cincuenta mancebos que han estrangulado, a horcajadas en un caballo, y los suben de este modo: metiendo a cada cadáver un palo recto por la espina hasta el cuello; clavan lo que sobresale por debajo del cuerpo, en un agujero del otro palo, el que atraviesa al caballo. Después de haber colocado alrededor de la tumba semejantes jinetes, se retiran.”





Capítulo Quinto: Herencia Fiera y Libre



“¿Qué clase de hombres son estos?” Esta pregunta debe de haber confundido a Darío el Grande cuando, en medio de la batalla, vio que los escitas abandonaban la grave tarea de la guerra para emprender súbitamente la persecución de una liebre que habían avistado. La misma pregunta persiste en la mente de los hombres civilizados de nuestros días a medida que la investigación histórica aumenta nuestros conocimientos sobre las extrañas costumbres de los nómadas montados de Eurasia, y a medida que recordamos que sus herederos bárbaros fueron los hunos y los mongoles, y que estos últimos forjaron una confederación de tribus que, montadas a caballo, hicieron que temblara todo el mundo conocido —y que se derrumbara gran parte de él— en el siglo XIII.

Evidentemente, el término “civilizado” oculta una cierta presunción vanidosa; y la palabra “bárbaro” tiene una significación peyorativa. Con la notable excepción de Heródoto, casi todos los autores antiguos que observaron en persona a los jinetes tendían a considerarlos pueblos extraños que no encajaban en la humanidad normal. Un dignatario de la corte china decía de los hsiung-nu que sembraron el tormento y el terror en los poblados fronterizos de su patria después de que terminó el siglo III a. de J.: “En sus pechos laten corazones de fieras... desde los tiempos más remotos no se les ha considerado parte de la humanidad.”

¿Qué tan exactos eran estos juicios? ¿Eran justos? Los escitas, los sármatas, los hsiung-nu y,

siglos más tarde, los hunos y los mongoles, ¿eran realmente menos racionales que otros pueblos? ¿Qué importancia debe darse a los aspectos más brutales de su comportamiento?

Cuando los escitas hacían un juramento, dice Heródoto, bebían gotas de sangre de cada uno de ellos mezcladas con vino (página 98). Los hombres civilizados no lo hacen; la perspectiva parece apenas menos repugnante que la de comer la carne de otro ser humano. También era costumbre escita arrancar los cueros cabelludos de sus enemigos y hacer gala de sus cráneos para demostrar su bravura. Y es cierto que muchas tribus montadas hacían incursiones feroces y exacciones inmisericordes.

Pero no reconocer más que estas cosas equivale a no entender a estos nómadas montados. Es también esencial apreciar que, por definición, los nómadas daban poca importancia a las fronteras políticas; entender que las leyes, salvo sus costumbres tribales, significaban aún menos; advertir que aunque solían ser salvajes, también eran libres.

La concepción que de sí mismos y de su mundo tenían los escitas se manifiesta vívidamente en los usos que daban al oro y lo que significaba para ellos. Al igual que muchos otros pueblos que tenían acceso al precioso metal, hacían con él objetos de gran belleza. Lo que los distinguía de los demás era la prodigalidad con que lo usaban. A los ojos de los conservadores griegos, los escitas deben de haber parecido despilfarradores. Mas los escitas eran extravagantes en todas las cosas, por lo menos en todo lo que permitía la vida nómada. Casas, monumentos, templos y jardines —todo aquello en que los pueblos sedentarios prodigan sus solicitudes artísticas— no eran parte de la vida nómada. Los jinetes podían hacer poco más que adornar sus tiendas, sus cabalgaduras y sus propios cuerpos.

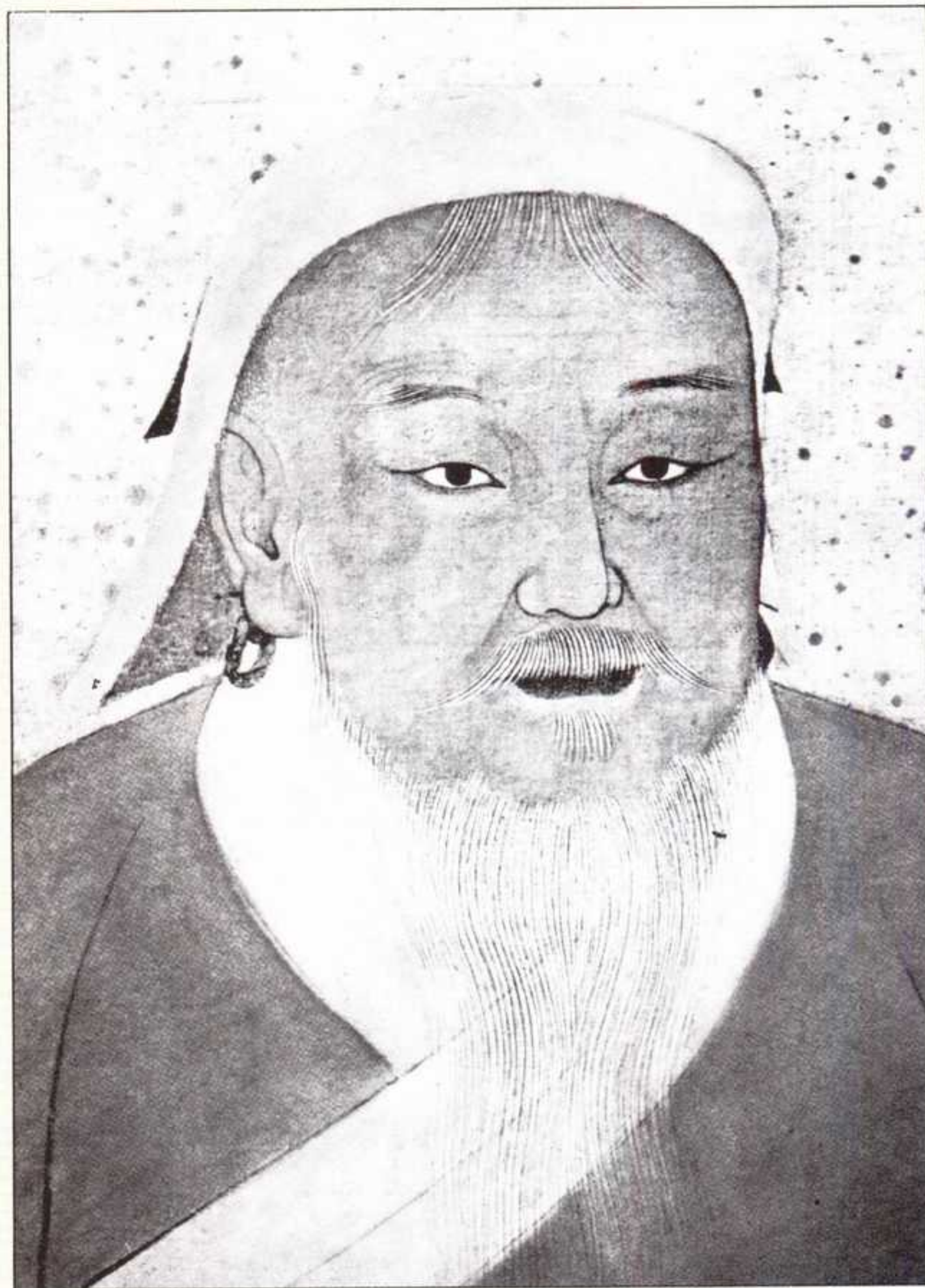
Pero, además de su evidente belleza y su alto

Un guerrero mongol se dispone a trenzar la cola de su acicalada montura. Aunque la posesión más preciada de un mongol era un caballo fino y bien cuidado, también daba gran importancia a su propio aspecto. En esta pintura en seda, del siglo XV, el guerrero lleva yelmo de oro adornado con piel, túnica de brocado y cinturón incrustado de oro.

valor económico, el oro tenía para los escitas una significación especial, espiritual. Según Heródoto, relacionaban la preciosa sustancia con su propia presencia en la tierra, y creían que el linaje de su soberano supremo había tenido su origen en un milagro de los tiempos antiguos, cuando cayeron del cielo cuatro piezas de oro. Así, los escitas veneraban literalmente su oro. Por esta razón, explicaba Heródoto, “los escitas reales guardan aquel oro sagrado con todo celo, y todos los años le rinden culto, propiciándose con grandes sacrificios... y si aquel que tiene a su cuidado el oro se queda dormido... no vivirá el año”.

A causa del divino efluvio del oro, los escitas solían emplearlo para hacer objetos de significación y uso mágicos. Casi todo su arte, lo mismo que el de otros nómadas de la estepa, refleja un reino sobrenatural tan poblado de animales salvajes como el mundo real de las praderas. Para los nómadas, como para todos los pueblos que viven cerca de la Naturaleza, los animales eran algo más que seres sin raciocinio: eran manifestaciones de fuerzas invisibles, ejecutores de la voluntad de poderes sobrenaturales, portadores de mensajes cósmicos.

No es difícil entender por qué las bestias del mundo llegaron a tener tan extraordinaria importancia. Imagine el lector la soledad de una noche en la infinita extensión de las estepas. Una leve brisa encrespa el mar de hierba. Las estrellas, y tal vez una esquirla de luna, arrojan su pálida luz sobre el campamento. Un caballo resopla quedamente y cambia el peso de su cuerpo de una pata a la otra en su somnolencia. Entonces, el chillido de un animal, agudo, resonante y cruel, rompe la calma. Decir qué grito es resulta tan imposible como determinar de dónde proviene. Todo el mundo despierta, los corazones laten apresuradamente, vigilantes los ojos, pero sin ver nada. La imaginación se desboca, explicando lo que los ojos no pueden distinguir.



Gengis Kan comenzó como caudillo de una tribu de nómadas montados y llegó a ser uno de los conquistadores más grandes y despiadados de la Historia. Después de que murió, en 1227, su Imperio mongol se extendía casi 8.000 kilómetros, desde la costa de China hasta el río Danubio, en Europa. Este retrato, casi contemporáneo, se encuentra en el antiguo palacio imperial de Pekín.

Todos los ruidos adquieren significación. ¿Es un aviso? ¿Un presagio? ¿Un maleficio?

En el mundo del nómada, los únicos peligros verdaderos eran los peligros naturales. La habilidad para montar a caballo y la buena puntería, y la aptitud para desaparecer de la vista en un abrir y cerrar de ojos, capacitaban al nómada para hacer frente a sus enemigos con relativa facilidad. Pero tanto él como sus rebaños de animales domésticos estaban a merced del fuego, las condiciones del tiempo, las enfermedades y los animales de presa. El nómada creía que los espíritus invisibles —algunos de ellos, benévolos; en su mayoría, capaces de repentina violencia, y todos, dueños de recia voluntad— controlaban estas fuerzas y determinaban el bienestar físico de la tribu. Los animales que no habían sido domesticados, también voluntariosos e irrefrenables, pertenecían en parte a ese reino sobrenatural; en su comportamiento caprichoso parecían moverse con la energía de los espíritus, y sus curiosos gritos tenían profundos significados.

En efecto, según el concepto que de las cosas tenía el nómada, había momentos en que los espíritus, disimulados con disfraces de animales, se mezclaban con la gente. Así, los animales podían servir de intermediarios entre el mundo sobrenatural y el natural, llevando mensajes y cumpliendo deseos.

El nómada creía que era posible influir en los espíritus e incluso se les podía manejar, pero tenía que hacerlo un especialista. En las sociedades nómadas, y también entre algunos pueblos sedentarios, ese especialista era el chamán. En parte médium, en parte adivino, en parte curandero, el chamán se ocupaba de los problemas que excedían los recursos de los miembros comunes de la tribu. Iba a donde fuese su tribu, pero llevaba una vida apartada de los demás; era una catedral transportable, un sacerdocio de un solo hombre, un experto en hacer diagnósticos y un sanador de males.

Los animales, reales o representados en objetos hechos por el hombre, protegían los poderes del chamán y lo auxiliaban en su trato con lo sobrenatural. Se creía que el alma de un chamán residía, en parte, dentro de una bestia —por lo común salvaje, como un lobo, un águila o un oso— y así, se pensaba que el chamán era, en parte, animal. Los nómadas creían, pues, que cualquier animal salvaje podía ser un hombre santo en su forma no humana.

El chamán hablaba con las fuerzas de la Naturaleza en lenguaje animal, a menudo en sesiones nocturnas, en la oscuridad total. Por lo común estaba en trance, logrado a veces con la ayuda de un alucinógeno como el cáñamo, pero más frecuentemente por el esfuerzo de su voluntad, educada para ello. Durante el trance, según se pensaba, adquiría la sabiduría del Universo, que le permitía interpretar señales, ver el futuro y hacer curaciones milagrosas.

Tal vez las visiones del chamán inspiraron las figuras y temas del arte de los nómadas: las espirales y zigzags, los seres mixtos, las extremidades desmembradas y los contornos flotantes, todos los cuales parecen alucinaciones hechas realidad.

Sólo otro miembro de la sociedad tribal ocupaba una posición tan respetada: el artesano que trabajaba los metales. Tal vez haya sido el único mortal que conocía algunos de los secretos del chamán. En algunas sociedades, quizá un solo hombre desempeñaba el doble papel de chamán y metalario. Al igual que al chamán, al metalario se le consideraba medio brujo porque manejaba el fuego. Podía hacer que sustancias opacas se tornaran incandescentes; en sus manos, los sólidos se volvían líquidos y luego, tras endurecerse de nuevo, adquirían las formas de seres retorcidos y relumbrantes.

Si los primeros nómadas montados no hubieran dejado a la posteridad más que su arte de estilo zoomorfo, el perfeccionamiento de la ciencia de montar a caba-

llo y las tumbas en que enterraban a sus muertos, quizá su lugar en la Historia sería poco más que una nota al pie de una página. Pero el legado de los nómadas fue mucho mayor. Los primeros jinetes crearon un estilo de vida, y ese estilo sobrevivió a los escitas, los sármatas y los hsiung-nu.

De todos los lugares donde sobrevivió el estilo de vida de los primeros jinetes, en el Asia oriental tomó su forma más feroz. Los hsiung-nu iniciaron una larga tradición de brutalidad. Para el siglo II a. de J., estos jinetes estaban incorporando la mayor parte de Mongolia a un imperio cuya fuerza rivalizaba con el poderío de la burocracia centralizada de la vecina China. Para los hsiung-nu, China era una inagotable mina de riquezas que había que explotar por cualquier medio, pero especialmente por la extorsión. Si las amenazas no daban los resultados y tesoros que deseaban los nómadas, no ejercían represalias con algunos asesinatos, sino con tropelías que arrasaban provincias enteras.

Y reforzaban su fuerza militar con astutas tácticas comerciales. Una de las mercancías que obtenían los chinos de su comercio con los hsiung-nu era el caballo, fuerza motriz del ejército chino. Por eso, los hsiung-nu podían influir en la capacidad misma de China para pelear con ellos; si los jinetes decidían entorpecer al ejército chino, podían reducir el suministro de caballos.

Por estos medios, las tribus de los hsiung-nu podían incomodar e incapacitar a los chinos. Pero, ¿por qué lo hacían? ¿Qué necesitaban del industrioso pueblo de China? Como no eran agricultores, necesitaban alimentos, y la abundancia agrícola de China les proporcionaba granos y ganado de sobra. Asimismo, necesitaban hierro, y los chinos también se los suministraban. Mas también deseaban seda por sus deslumbrantes colores y suntuosa textura. La seda era más bella que todo lo que pudiera hacerse con los materiales de que se disponía en las

estepas. Como vivían en el paisaje seco y borrascoso de Mongolia, los hsiung-nu querían cosas de belleza extravagante en que pudieran envolver sus cuerpos mientras cabalgaban o cuando tomaban asiento en sus yurtas con las piernas cruzadas.

Por lo menos un chino hecho a la vida de las ciudades, un dignatario de la corte que se vio obligado a viajar en el séquito de una princesa china prometida a un rey hsiung-nu, se propuso prevenir a los nómadas contra los peligros del lujo. "Toda vuestra horda", advirtió el cortesano a sus anfitriones, "apenas iguala la población de dos prefecturas chinas, pero el secreto de vuestra fuerza radica en vuestra independencia de China por lo que toca a todas vuestras verdaderas necesidades. Veo una creciente afición a los lujos chinos. Reflexionad que bastaría un quinto de la riqueza china para comprar completamente a vuestro pueblo. Las sedas y los rasos no son ni la mitad de apropiados que los fieltros para la vida ruda que lleváis, ni las perecederas viandas de China son tan convenientes como vuestro kumis y vuestro queso".

El cortesano admiraba abiertamente a los nómadas por ser lo que eran: aristócratas naturales que no respondían a más amo que a ellos mismos. A pesar de todo, debía fidelidad a su pueblo. Percatándose de que la arrogancia de los hsiung-nu iba en aumento, sospechó que los nómadas no eran de fiar. Aconsejó a la corte china que estuviese siempre en guardia para no provocar la ira asesina de los jinetes.

Y resultó que se hicieron realidad los peores temores del cortesano. En el siglo V de nuestra era, otra banda de nómadas —los hunos— salió como un enjambre del Asia central. Su rey, Atila, aspiraba a someter a toda Asia y toda Europa bajo su solo dominio. Adondequiera que iban, los hunos causaban grandes estragos y reunían el botín. En el año 451, las fuerzas de Atila se enfrentaron con la mayor potencia del Occidente: el Imperio romano.

El texto continúa en la página 135

Bellísimos Tejidos de Tierras Lejanas

En 1949, en los helados montículos funerarios de Pazyryk, el arqueólogo soviético S. I. Rudenko encontró elegantes tejidos finamente trabajados, de los que son ejemplos el sudadero o paño de silla que se ve a la derecha y la alfombra de velludo de lana que aparece reproducido en la página 134. Descubiertas dentro de una capa de hielo sólido que las había conservado más de 2.300 años, las fibras de seda y lana figuran entre los restos más antiguos de su clase, pero todavía conservan sus colores.

Aún más notable que el hecho de que hayan perdurado, es su procedencia. El sudadero viajó de China a la cordillera del Altai, y la alfombra probablemente vino de Persia, a más de 3.000 kilómetros de distancia. Sin duda, los dos llegaron a manos de las tribus del Altai gracias al comercio, a cambio de oro o pieles, o incluso de un caballo de montar.

En el mismo túmulo que los tejidos importados, Rudenko halló un singular ejemplo de arte local: un guardabrisas con aplicaciones de fieltro (*páginas 132 y 133*). Sosteniéndolo con unos postes, podía levantarse frente a una vivienda para proteger la entrada de los furiosos vientos que bajaban de las montañas.

Un faisán estilizado que se posa sobre una rama florida es una de las muchas aves bordadas delicadamente en un sudadero de seda encontrado en Pazyryk. La tela, de la que sólo se muestra un detalle, fue tejida probablemente para celebrar la boda de una china rica. Mas los nómadas del Altai que la adquirieron, le agregaron borlas de pelo de caballo y la usaron como sudadero.





Rellenos de fino pelo de venado, se cree que unos cisnes tridimensionales de fieltro, como este de una tumba de Pazyryk, eran adornos para el gran dosel que cubría un carruaje funerario.

La figura repetida de una diosa extrañamente masculina frente a un jinete adorna un guardabrisas de seis metros hallado en Pazyryk, del que esta parte no es más que un fragmento. El jinete monta sin estribos y lleva un gorytus, funda para arco y flechas, en la cadera izquierda. Las figuras de fieltro son aplicaciones sobre lana de oveja. En los montículos funerarios se han encontrado cuerpos de mujeres calvas, pero la representación de una diosa con tocado y sin pelo indica que también vivas se afeitaban las cabezas.





En un detalle de una alfombra de 1,80 por 1,95 metros, el campo central está circundado por franjas de gamos y grifos. Las estrellas que llenan el centro se repiten, con los colores invertidos, para separar a los venados de los jinetes montados, como el que se ve abajo. La fina articulación de las figuras se debe a la densidad del velludo; hay 35 nudos por cm², lo cual quiere decir que tal vez se necesitaron 18 meses para terminar la alfombra.

En el borde exterior de la alfombra, ancha franja que no se ve en el detalle de la derecha, hay caballos y hombres que se mueven en sentido contrario al de las manecillas del reloj. El caballo, con la cola anudada, arquea el cuello como para ostentar el penacho que lleva en la cabeza. El jinete —de indumentaria tal vez persa, con un capuchón que se ata bajo la barba— monta sobre un sudadero orlado.



Pero la muerte interrumpió las conquistas de Atila. No fue sino hasta 800 años después cuando otro jinete, el autócrata mongol conocido con el nombre de Gengis Kan, haría realidad su sueño imperial.

En el siglo XIII, después de que lo consolidaron Gengis Kan y sus descendientes, el Imperio mongol se extendía desde la costa del Pacífico hasta el Danubio. Su frontera septentrional eran los bosques siberianos de pinos, y su límite meridional estaba formado por los impenetrables picos del Himalaya.

La patria de los mongoles era exactamente el mismo territorio en que habían andado errantes los hsiung-nu más de un milenio antes. Pero los orígenes exactos de los mongoles son oscuros; nadie puede decir con certeza dónde vivían antes de convertirse en una fuerza notable en Mongolia, y nadie sabe quiénes fueron sus antepasados culturales. Sin embargo, aparte de sus comienzos, la historia de los mongoles no es, ni con mucho, misteriosa. Aunque carecían de lenguaje escrito, sus reyes empleaban extranjeros que sabían leer y escribir para dejar constancia de sus hazañas. Además, numerosos autores, tanto de Oriente como de Occidente, que compilaron uno de los capítulos mejor documentados de la Historia, narraron sus proezas. Es impresionante advertir que las descripciones que hacen del estilo de vida de los mongoles corresponden en casi todos los detalles —indumentaria, alimentación, costumbres, ocupaciones— con los de sus predecesores y sucesores (*páginas 143-153*).

La mitología de los mongoles nos da varias versiones de sus comienzos, aunque ninguna ayuda mucho a quienes investigan su historia. Una leyenda sostiene que procedían de un lobo azul. Otra, apenas menos fantástica, atribuía su origen a la milagrosa concepción de una viuda, la cual dio a luz a su antepasado más antiguo, personaje heroico que respondía al nombre de Budantsar. Según este relato, me-

diaron siete generaciones entre Budantsar y el rey que por sus propios esfuerzos habría de construir un gran imperio: un mozo que al nacer recibió el nombre de Temuchin y, cuando alcanzó la edad madura, se dio a sí mismo el de Gengis Kan, que quiere decir Gran Kan o poderoso emperador.

Las consejas mongolas afirman que Temuchin vino al mundo apretando en el puño un coágulo de sangre tan duro y luminoso como un rubí. Para los hombres santos, era señal de que estaba destinado a convertirse en un terrible tirano. Desde los primeros años de su vida, el mozo dio muestras de su pericia militar. A los 11 años, según se cuenta, podía montar y disparar con arco y flecha tan hábilmente como cualquier hombre adulto.

La predicción que habían hecho los hombres santos resultó correcta. Temuchin consagró la primera parte de su edad adulta a la tarea de unificar el gran número de tribus mongolas y a someterlas a su mando. Uno a uno, los guerreros nómadas más distinguidos juraron fidelidad a Temuchin; aquellos que no lo hicieron, tuvieron que huir o perecieron.

Por fin, en 1206, cuando Temuchin había llegado ya a la edad madura y tenía asegurada su condición de jefe de todos los nómadas mongoles, fue proclamado Gengis Kan. Todos los reyes menores que estaban bajo su mando aceptaron su jefatura y lo reconocieron como soberano supremo. En la ribera de un río, en el corazón del territorio de Gengis Kan, se erigió una enseña: un alto poste de madera con las colas de nueve yaks en la parte superior. A partir de ese momento, este símbolo de poderío habría de acompañar al Gran Kan en todas sus campañas.

Entonces, el flamante emperador se dedicó a organizar un ejército propiamente dicho. Efectivamente, toda la nación mongola habría de ser un enorme cuerpo de caballería; las mujeres servirían de defensa mientras los hombres tomaban la ofensiva. Tal vez no fuera necesario que toda la fuerza entrara



en acción al mismo tiempo, pero todas sus partes estaban preparadas para participar en la lucha con terrorífica rapidez y precisión.

Para conseguir la coordinación impecable esencial para que diera buenos resultados este plan, se copió la acostumbrada organización de un ejército nómada y se perfeccionó su eficacia. La unidad más numerosa estaba constituida por 10.000 hombres y, a su vez, se dividía en grupos de 1.000; las unidades de 1.000 estaban organizadas en grupos de 100, y cada uno de ellos en unidades de 10. Había oficiales que tenían el mando en todos los niveles, pero el Gran Kan no descuidó el viejo sentido de adhesión tribal que aún conservaban sus soldados de los días anteriores a su unificación. Elegía a los oficiales con cuidado, procurando que las unidades estuvieran mandadas por jefes que gozaran de gran estimación. No obstante, podía rechazar a un jefe de mayor vigor para preferir a otro que no tuviera tanta energía a fin de tener la seguridad de que ningún oficial exigiría de sus hombres más de lo que les permitieran hacer sus fuerzas físicas.

La disciplina era estricta, y los castigos, severos. Se imponía la pena de muerte por insubordinación, mas también por mostrarse excesivamente benévolo con un prisionero, por dar albergue a un esclavo que hubiera huido, por quedarse dormido estando de guardia, por cruzar, sin ser llamado, el umbral de la tienda de un comandante en jefe. Un oficial podía ser ejecutado por solicitar favores especiales a cualquiera que no fuese el Kan.

Con la exaltación del Gran Kan nació la primera compilación de leyes que hubieran conocido los nómadas. Como el Kan no sabía leer ni escribir, dictaba su código a un escriba que conociera una de las lenguas escritas del Asia central.

Llamado Gran Yasa, el código daba fuerza de ley a muchas costumbres que habían sido tradicionales en la región. Prohibía el engaño, la traición, el robo y el adulterio. Incitaba el respeto al ilustrado y el sabio, y la misericordia para el inocente, el anciano y el pobre. Por delitos tales como el fraude en el comercio y la quiebra, el Yasa prescribía la pena de muerte, como también por infrac-

En un campamento mongol, mientras los caballos pacen y los desnutridos perros juegan (abajo, izquierda y centro), dos nómadas (arriba, izquierda) lavan sus ropas, otro alimenta el fuego y otro (abajo, derecha) se inclina en la silla para conversar con un esclavo. En el equipo (arriba, derecha) figuran una espada, un arco, una aljaba y jarras de agua. La pintura data del siglo XIV.

ciones tales como contaminar las aguas corrientes bañándose en ellas o por orinar en un fogón, en un río o en el interior de una yurta. Las transgresiones menores se castigaban con multas o con azotes.

El Yasa se hacía cumplir de una manera estricta y directa; el Kan procuraba estar enterado de cuanto ocurría en todos los rincones de su reino. Para este fin, conservaba una guardia personal —los mejores soldados del país—, escogida de entre los soldados rasos del ejército regular. Los miembros de esta fuerza especial, cuyo número creció poco a poco hasta llegar al de 10.000 hombres, llevaban en persona todas las noticias al Kan. Estaban literalmente en contacto con todos los mongoles, y por eso, su soberano supremo estaba, a su vez, en contacto con ellos. Para los nómadas montados, que habitualmente se habían ocupado de sus problemas intertribales, era ésta la primera vez que la voluntad de un solo hombre los afectaba a todos.

Un año después de su exaltación, Gengis Kan estaba preparado para extender su hegemonía. Su horda se hallaba en excelentes condiciones. Ciento veinte mil mongoles estaban prontos a luchar, y cada uno llevaba víveres, una armadura y armas, entre las que figuraban una aljaba llena de flechas y un arco corto, una lanza, un escudo y un puñal. Cada soldado tenía un yelmo de hierro y una cota de escamas imbricadas que lo protegía desde la garganta hasta un poco arriba de las rodillas.

Y había monturas de sobra, hasta seis o siete de reserva por soldado: caballos pequeños y robustos que sólo tenían 14 manos de alzada. Criados por decenas de millares en los apacentaderos del norte de Mongolia, estos animales no necesitaban que se les diera de beber más que una vez al día; en marcha, medraban con poco más que las hierbas que encontraran. Sin embargo, los mongoles conocían su valía y los apreciaban; la regla era que ninguno de ellos podía ser montado más que un día de cada cuatro.

Al oeste del baluarte mongol del Kan se extendía un territorio que ocupaban cuatro bandas de nómadas; al sur estaba el reino rival de los si-hsia. El Kan deseaba adueñarse de estas tierras, que abarcaban unos 60.000 kilómetros cuadrados, así como de su numerosísima población, posibles reclutas para el ejército mongol. Una serie de campañas rápidas y decisivas sometió a todos los nómadas vecinos, y en 1210 se rindieron los si-hsia cuando el ejército de Gengis Kan puso sitio a Egrigaia, su capital.

Sin nada que temer ya en los flancos, el Kan estaba listo para tomar el norte de China. Mas el asalto no sería una victoria rápida. Transcurrieron seis años de reconocimientos y espionaje, de avances y retrocesos, de pacientes esperas durante los ardientes veranos, de ofertas y rechazamientos de tratados. Pero la estrategia del Kan era perfecta. Un hormiguero de mongoles cruzó el desierto de Gobi. Algunos de ellos se dirigieron al noroeste de Chung-tu, capital de los emperadores Chin, donde se levanta la actual Pekín. Otros bajaron a la península coreana. Sus enemigos morían a millares, y sus cuerpos descompuestos dejaban escapar un hedor que acabaría siendo muy conocido en toda Asia y la mitad de Europa. A espaldas del ejército de Gengis Kan quedaban siempre columnas de humo que se alzaban de las poblaciones incendiadas. El golpe final fue el asedio de Chung-tu; el hambre y la peste obligaron a abrir las puertas de la ciudad, y entraron en ella como un torrente las hordas mongolas, que se entregaron al saqueo y el degüello.

En 1215, el Kan pensó en las ventajas de un tratado comercial con uno de los poderes reinantes del Asia central: Mohamed, rey del enorme Imperio kwazmiano, al este del mar Caspio. Defensor fanático de la fe islámica, cuyos jerarcas estaban empeñados en una campaña para ganar conversos, Mohamed estaba bien informado acerca de las proezas de

Vestidos con cotas de malla, los jinetes mongoles persiguen a sus adversarios con los sables desnudos en una ilustración de un manuscrito del siglo XIV. A pesar de su reputación de ser feroces en la batalla, los mongoles evitaban la lucha cuerpo a cuerpo, para lo cual recurrían a estrategias que cogían desprevenidos a sus enemigos.



Gengis Kan en China, y pensó que una alianza con él constituiría una medida diplomática favorable.

El Kan recibió a los emisarios de Mohamed con afabilidad. Contestó a Mohamed que le complacería esa alianza, y le complacería tanto que estaba dispuesto a concederle el título de “el más amado de mis hijos”. El monarca musulmán se sintió injuriado; aquellas palabras tenían el propósito, claramente, de rebajarlo a la condición subordinada de vasallo. A Mohamed no le quedó más remedio que responder a semejante insulto con la guerra.

Trescientos mil hombres se reunieron en pos de Mohamed; sólo la mitad de ese número respondió al llamado de los generales que estaban al mando de las fuerzas de Gengis Kan. Pero los mongoles entraron en la lucha con las ventajas recientemente adquiridas de la ingeniosísima tecnología china: lanzallamas de corto alcance y artillería, es decir, catapultas, balistas e incluso cañones; las balistas, catapultas pesadas de sitio, podían arrojar proyectiles de 135 kilos. Bajo la armadura, los mongoles llevaban otro invento chino: camisas de

gruesa seda que no podían atravesar fácilmente las saetas. Si una flecha daba en la seda, la tela entraba en la herida cubriendo su punta, lo cual permitía que un herido se sacara el proyectil de la carne con un mínimo de dolor y pérdida de sangre.

El ejército del Kan estuvo cuatro años en campaña contra los musulmanes, al terminar los cuales había avanzado hacia el oeste otros 3.000 kilómetros y había anexado la mayor parte del Asia occidental a su dominio. La Historia nos da un índice del terror: tan sólo en cuatro ciudades, se dijo que murieron cinco millones de ciudadanos. Y faltaba la conquista de Rusia y la Europa oriental.

Pero las aspiraciones de Gengis Kan sobrevivieron a su persona. Murió en 1227, después de suprimir una rebelión al norte de la frontera china. Exhaló el último aliento en una yurta de fieltro semejante a la tienda en que nació, y su cuerpo fue llevado a Mongolia. Aunque nunca puso un pie en Europa, prosiguieron la conquista y la destrucción después de su muerte. Sus sucesores habrían de sembrar la devastación en Rusia, Polonia y Hungría.



Sobrevivir a la invasión mongola era sobrevivir para rebelarse o, al menos, para intentar rebelarse. Los conquistadores nómadas lo sabían muy bien y por eso acostumbraban hacer verdaderas carnicerías. Batu Kan, uno de los nietos de Gengis Kan, y soberano de lo que en Rusia acabaría llamándose la Horda de Oro, fue uno de los asesinos más implacables y sádicos que ha conocido la Historia.

Un autor del siglo xx, Sir Robert Kennaway Douglas, que escribió casi siete siglos después de que Batu Kan invadió Rusia, recopiló un horripilante relato basándose en observaciones contemporáneas. “Con vigor irresistible y pasmosa rapidez”, dice Sir Robert, “los mongoles se abrieron camino por los bosques de Penza y Tambov, y aparecieron ante la hermosa ciudad de Riazán. Durante cinco días arrojaron una incesante lluvia de proyectiles con sus balistas y, habiendo abierto una brecha en las defensas, tomaron la ciudad por asalto el 21 de diciembre de 1237. Con la salvaje crueldad de la venganza mongola, dieron despiadada muerte al príncipe y a su madre, a su esposa (e) hijos, a los boyardos

y los habitantes, sin consideración de edad o sexo; a algunos los empalaron, a otros les dispararon flechas por diversión, a otros los desollaron o les introdujeron clavos o astillas de madera debajo de las uñas. A los sacerdotes los asaron vivos, y las monjas y las doncellas fueron mancilladas en las iglesias en presencia de sus allegados. No quedaron ojos abiertos para llorar a los muertos”.

Mientras tanto, a los jefes mongoles se les desarrollaba el gusto por el lujo y la elegancia que sólo puede dar la vida sedentaria. A pesar de la antiquísima tradición nómada de transitoriedad y movilidad, en el sur de Mongolia iba creciendo una capital mongola. Llamada Karakorum, había comenzado a ser algo así como un centro administrativo y comercial durante el régimen de Gengis Kan.

En el reinado de Ogodei, tercer hijo de Gengis Kan, Karakorum se convirtió en una verdadera ciudad, con templos, mercados, edificios del gobierno y un palacio que se levantaba en un gran patio amurallado. Según relatos de testigos presenciales, el palacio era espléndido. Fue construido como una ca-



Un demonio, que tal vez representa alguna fuerza de la Naturaleza, arrebat a un caballo en otro dibujo mongol del siglo XIV.

tedral, con una larga nave separada por columnatas de las naves laterales. Cuando los kanes daban audiencia, ocupaban un trono en un alto estrado, en el extremo septentrional de la nave.

Allí, en 1254, Mongke Kan, sobrino de Ogodei Kan, recibió a un viajero que venía de Francia, llamado Guillermo de Rubruck. De todas las cosas que vio en la corte real, la que impresionó más profundamente a Rubruck fue una fabulosa fuente que arrojaba torrentes de cuatro deliciosas bebidas. "Frente al trono", dice Rubruck, "estaba colocado un árbol de plata que tenía en la base cuatro leones, de cuyas bocas caían en cuatro vasijas de plata, vino, kumis, hidromel (agua mezclada con miel) y terrasina (cerveza de arroz). En lo alto del árbol, un ángel de plata hacía sonar una trompeta cada vez que se vaciaban los depósitos que abastecían a las cuatro fuentes y hacía falta volverlos a llenar".

Las maravillas del palacio de Karakorum no eran nada en comparación con los esplendores que habría de construir en China Kublai, otro nieto de Gengis Kan. Kublai Kan, un tipo diferente de emperador mongol, ocupa un lugar especial en la Historia. Se le recuerda como soberano benévolo, amante del orden, que toleraba las diversas religiones y recibía hospitalariamente a los visitantes de lugares lejanos que venían a su pródigo reino. A pesar de todo, no traicionó su linaje.

Nacido en 1214, en 1260 asumió el poder sobre los dominios mongoles de la China septentrional. Como caudillo militar, fue digno nieto de su abuelo. Ganó la supremacía personal sobre toda la China durante un período de 19 años de guerras: la primera contra un rival mongol, y después contra los ejércitos del imperio Sung, todavía no conquistado, al sur del río Yang-tse. En 1279, su hegemonía llegaba al sur hasta Birmania; poseía casi toda la costa del Pacífico; la frontera occidental de su dominio chino era el Tíbet. Entretanto, sus tíos, hermanos

y primos aún gobernaban todo el territorio circundante. Pero Kublai era su soberano supremo: el Kan de todos los demás kanes.

Los propios chinos lo reconocieron como su emperador legítimo proclamándolo Hijo del Cielo, y su exaltación señaló el principio de la dinastía Yuan, la cual sólo duraría 89 años —lapso muy breve desde el punto de vista chino—, pero bajo su égida florecieron las bellas artes en China. Las pinturas de serenos paisajes y las delicadas y perfectas porcelanas creadas por los artistas chinos durante las cortas y pacíficas décadas del período Yuan constituyen un agudo contraste con la violencia y el salvajismo de los tiempos anteriores.

Kublai hizo su capital de invierno en el sitio de la antigua Chung-tu —la ciudad que saqueó su abuelo unos 60 años antes— y le puso un nuevo nombre, Tai-du: Gran Capital. Las maravillas que mandó construir allí ponían a prueba la capacidad de los atónitos visitantes para describirlas. Un cronista, un persa llamado Rashid-ed-Din, se esforzó por dar una idea de la enormidad de las murallas que rodeaban al palacio. La distancia entre ellas, dice, "es tan grande que apenas alcanza a salvarla una flecha disparada con mucha fuerza". En las inmediaciones, sigue diciendo Rashid, el Emperador había levantado un montecillo artificial sobre el que plantó "los más hermosos árboles siempre verdes". Estos árboles, afirma Rashid, fueron arrancados de todas las partes del Imperio y llevados en elefantes a Tai-du. La tierra con la que se hizo el montecillo dejó un hueco en el suelo, que los trabajadores del Kan transformaron en un estanque ornamentalmente provisto de cisnes y otras aves acuáticas.

El palacio de verano del Kan era, quizá, aún más espléndido. Construido en un lugar llamado Xandú, fue celebrado casi cinco siglos más tarde por el poeta inglés Samuel Taylor Coleridge en su obra romántica intitulada "Kubla Khan":

*En Xandú mandó Kubla Khan
majestuoso palacio de recreo construir:
do corría Alf, el sagrado río,
por cavernas imposibles de medir
hasta llegar a un mar sombrío.
Así, quedaron circundadas con muros
y torres muchas millas de suelo fecundo;
y había jardines con arroyos puros,
donde florecían plantas de aromado olor,
y florestas antiguas como el mundo
que rodeaban los claros de fresco verdor.*

Sin embargo, la descripción de Coleridge, como su manera de escribir los antiguos y extraños nombres, es más poética que literal. Por cierto, la imagen más vívida del "majestuoso palacio de recreo" de Kublai Kan es la que evocan las páginas que escribió Marco Polo. Yendo en misión comercial por tierras muy alejadas de Venecia, su suelo natal, Marco Polo se encontró en medio del Imperio chino de los mongoles, donde se quedó 20 años. Durante ese tiempo se dedicó a observar y escribir sobre casi todos los aspectos del reino del poderoso Kan. Pocas cosas escaparon a la aguda y curiosa mirada del veneciano. Contó hasta el último hombre de la guardia real, tomó nota de los cultivos que crecían en el campo circundante. Con su detallada y exacta descripción del palacio de verano de Kublai, sería posible reconstruirlo en nuestros días.

En medio de un parque cercado, según pinta la escena el diligente italiano, se levantaba el palacio "construido enteramente de cañas, pero con todo el interior recubierto de oro y adornado con figuras de bestias y aves de hechura muy hábil. Se alza sobre pilares dorados y barnizados, en cada uno de los cuales hay un dragón que rodea el pilar con la cola y sostiene el techo con los brazos extendidos. El techo es también de cañas, y está tan bien barnizado que el agua no puede pasar por él.

"Permitidme explicar cómo está construido. Debéis saber que estas cañas tienen más de tres palmos de circunferencia y de diez a quince pies de longitud. Se cortan a lo largo por la mitad, de un nudo a otro, para hacer dos tejas. Las cañas son tan gruesas y largas que no sólo se pueden usar para el techo, sino también para cualquier otra clase de construcción. El palacio, pues, está hecho enteramente de cañas. A fin de protegerlas contra el viento, cada teja se asegura con clavos. Y el Gran Kan ordenó hacer cada una de tal manera que pueda quitarse cuando lo desea, pues la sujetan en su lugar más de 200 cordones de seda."

Las observaciones que hizo Marco Polo en el Imperio chino no se limitaron tan sólo al contorno físico. También examinó con mucho detenimiento los métodos de comercio y las costumbres sociales de los mongoles, y tomó nota especial de las numerosas ceremonias religiosas que llenaban el calendario de los mongoles en China.

En la corte de Kublai, según dice, la más importante de todas las festividades religiosas era la Fiesta Blanca de la primavera, que se celebraba el 9 de mayo. Ese día, los servidores del Kan reunían más de 10.000 yeguas y caballos, todos ellos de un color blanco purísimo, a los que se veneraba por considerarlos sagrados. A los caballos se les daba alojamiento en las cuadras reales y nadie les impedía el acceso a los jardines reales.

Sólo al Kan, a los miembros de su familia y a algunas personas elegidas especialmente se les permitía beber la leche de las blancas yeguas. Y luego, el 28 de agosto, Kublai Kan esparcía a los vientos grandes cantidades de la leche de estas yeguas como ofrenda a los espíritus divinos, ceremonia que ponía de manifiesto las raíces mongolas hincadas en el pasado prehistórico, cuando en las estepas asiáticas, los caballos llevaron al predominio a los escitas, los sármatas y los hsiung-nu.

Un Antiguo Modo de Vivir



Jinetes nómadas, bien arropados para aislarse de los fuertes vientos y del sol abrasador, se disponen a iniciar la marcha por la estepa.

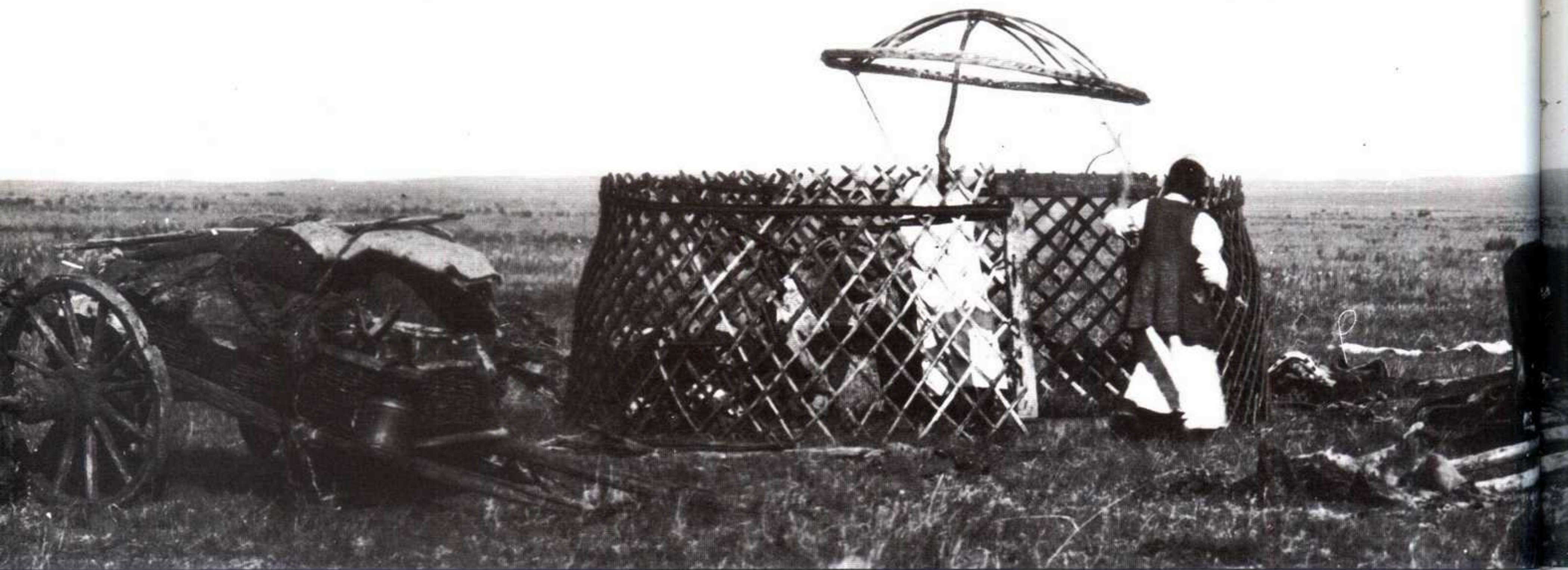
Hasta los tiempos modernos, los nómadas montados han andado errantes por las estepas eurasiáticas, llevando una vida muy semejante a la existencia que llevaron los primeros jinetes de antiguos tiempos. A fines del siglo XIX, un fotógrafo ambulante ucraniano, Samuel M. Dudin, dejó constancia visual de su modo de vivir. En el viaje que hizo por el Asia central, se internó hasta un campamento nómada que estaba cerca de Semipalatinsk, en la región oriental de lo que actualmente es la República Soviética de Kazakistán. Dudin expuso unas 600 placas de cristal durante el verano de 1899,

cuya mayor parte compró el Museo de Etnología de Hamburgo (Alemania), el cual las conservó como un incomparable testimonio gráfico.

Los hombres que fotografió Dudin eran kazacos, nombre turco que quiere decir "jinetes de las estepas". En esa época, su número ascendía a varios millones y su territorio se extendía unos 3.500 kilómetros desde el río Volga inferior, en Rusia, hasta las fronteras de la región de Sinkiang, en China. Aunque se habían convertido a la fe musulmana, los kazacos tuvieron sus orígenes en los nómadas turcos y mongoles que, acaudillados

por Gengis Kan y sus descendientes, salieron a caballo de la China septentrional para aterrorizar y subyugar toda el Asia y la Europa oriental durante el siglo XIII de nuestra era.

En la actualidad, los kazacos son ciudadanos de la Unión Soviética y llevan una vida sedentaria como agricultores y criadores de ganado. Pero en la época en que los visitó Dudin eran todavía tribus errantes que recorrían cada año centenares de kilómetros en busca de nuevos pastos para los grandes rebaños de ovejas, cabras, caballos, camellos y ganado vacuno de los que dependía su existencia misma.



A las secciones plegadizas de las paredes de una yurta, atadas con correas, se les ajusta el marco de la puerta. Después de fijar las pértigas en la corona

Una Casa Portátil en las Llanuras

La yurta, vivienda portátil de los kazacos, era una cabaña de techo abombado, cubierta con gruesas esteras de fieltro. De construcción sólida para evitar que entrara el frío y resistir los vientos que soplaban en la estepa, consistía en una armazón de abedul y sauce a la que se ataba una capa formada por entramados de caña y hasta diez esteras de fieltro. Una yurta podía tener un diámetro de seis metros. Nada menos que 15 yurtas, cada una de las cuales daba albergue a una familia, constituían el campamento típico, la mayoría de cuyos miembros tenía parentesco con el jefe.

Transportada fácilmente en carreta o bestias de carga, la yurta podía armarse en una hora y desarmarse en la mitad de ese tiempo. Las mujeres o los miembros pobres de la familia se encargaban de armarla y desarmarla. Cuando iban en busca de sitios donde acampar, cada noche los nómadas levantaban sólo la estructura abombada cubierta de fieltro o parte de la pared para tener un abrigo temporal.



Después de circundar la armazón de la yurta con entramados de cañas, una mujer ata fieltros a las paredes con cordones de lana. Durante las olas de calor, los fieltros podían arrollarse o quitarse. Cuando hacía mucho frío, se podía agregar una segunda capa de fieltros.



ona, se envuelve la estructura entera con fieltros. Los primeros jinetes usaban carros parecidos al que se ve en esta fotografía para transportar sus posesiones.



En la carreta, las posesiones de la familia están listas para ser introducidas en la yurta terminada. La puerta, en este caso una cortina de fieltro, se hacía a veces de madera tallada o pintada. La sobrepuerta que se ve en el techo podía alzarse para que entrara la luz o saliera el humo, o bajarse para que no entrara la lluvia. El fieltro, cubierto de grasa, impedía que entrara el agua en la tienda.



En arcas recubiertas de fieltro, guardaba la familia sus posesiones.

La Decoración de una Yurta

La tienda kazakistana de fieltro pudo haber sido la imagen misma de la sencillez espartana en el exterior, pero detrás de la puerta o de la cortina de fieltro (llamada *ish kir mas*, “el perro no entrará”), casi no había centímetro de espacio que no estuviera cubierto con alfombras tejidas, y tapetes, colgaduras y esteras de fieltro. Los fieltros tenían espléndidos bordados o aplicaciones con diseños de flores, motivos animales y arabescos; las mujeres llamadas *aimochu*, “las diestras”, que improvisaban sus figuras basándose en temas tradicionales, diseñaban los fieltros ornamentales, cuya hechura exigía largas horas de labor.

En el interior de la yurta, todos los visitantes eran acogidos con beneplácito. Se les llevaba al lugar de honor, se les ofrecía carne o queso y una jarra de leche fermentada de yegua: kumis. Después de eso, y sólo después, se iniciaba la conversación, pues los nómadas, ávidos de noticias, acosaban a sus anfitriones con un interminable torrente de preguntas.



Una cama rusa o krovat —espléndidamente tallada y acojinada— servía



de lugar de honor dentro de la yurta. Por grandes que fueran su peso y su tamaño, la apreciada krovat era llevada de un campamento a otro en carreta.



Una kazaca atiende al pequeño en la cuna.

Labores Diarias de las Mujeres

Las mujeres hacían casi todo el trabajo en el campamento kazakistano. Con amplios tocados de algodón —blancos si eran casadas, rojos si eran solteras—, las kazacas cocinaban, hacían fieltro, cosían, tejían, atendían a los pequeños, ordeñaban las ovejas y camellas, traían el agua, recogían el estiércol seco de las ovejas para alimentar el fogón, ensillaban los caballos de sus maridos, armaban la yurta en los nuevos campamentos y la desarmaban cuando llegaba el momento de emprender otra vez la marcha.

Con frecuencia había más de una esposa en cada casa para compartir las obligaciones, en cuyo caso la más reciente se encargaba del trabajo más pesado hasta que daba a luz su primer hijo. Pero aunque su vida era difícil, las kazacas podían dar su opinión, y los hombres de la familia solicitaban y respetaban sus consejos. Además, la mujer era el ama de la yurta, y a menudo también su dueña, ya que la yurta solía formar parte de la dote que le daba su familia cuando se casaba.



Antes de servir el kumis, la mujer agita la leche fermentada en un saco de cuero.



Las mujeres preparaban el fieltro para tapetes y esteras. Golpeaban primero la lana para ablandarla, luego la remojaban en agua caliente y la apretaban y enrollaban entre esteras de paja hasta que las fibras se conglomeraban. Más tarde la desenrollaban, la golpeaban varias horas y la ponían a secar al sol.



Dos mujeres tejen una guarnición de lana para una cubierta de la yurta. Estas bandas servían también de cinchas de silla y marcos ornamentales.



Durante la época de cría, los kazacos llenan cubos de madera con leche de yegua para hacer con ella kumis, el queso y la mantequilla.

Diversas Tareas de los Hombres

Durante los meses calurosos, el verdadero dominio de los kazacos, como el de los primeros jinetes, no era su campamento, sino la estepa abierta. Incansables jinetes, pasaban casi todo el día en la silla de montar cuidando de los rebaños, buscando nuevos sitios donde acampar, visitando campamentos vecinos para intercambiar productos o indagar sobre las condiciones de los pastos. Incluso sus diversiones favoritas, las carreras de caballos y la cacería, giraban en torno al arte de montar. Como pasaban gran parte de su vida a caballo, usaban vestidos adecuados para ello: largas chaquetas acolchadas y gruesos pantalones de cuero o de fieltro. Lo único moderno eran las botas de cuero, con tacones.

Cuando estaban en el campamento, era poco lo que hacían los hombres. El trabajo de los metales y de la madera eran ocupaciones masculinas, pero las tareas más comunes de los kazacos consistían en ordeñar las yeguas y, por la noche, vigilar los animales que quedaban fuera del campamento.



Un platero kazaco hace una hebilla mientras su joven ayudante maneja el fuelle.



Un halcón se posa en el brazo de su amo. Entre los kazacos, como algunos de los primeros jinetes, la cetrería era una diversión muy popular.



Haciendo girar la rueda de piedra, dos jóvenes ayudan a moler el grano, tarea encomendada, generalmente, a las mujeres.



Los kazacos y otras tribus que cruzaron las estepas se reúnen para comprar y vender caballos cerca de Semipalatinsk, ciudad del Kazakistán oriental.

Duro Ciclo Anual de los Nómadas

Salvo en el invierno, durante cuyos meses el riguroso frío y los vientos penetrantes empujaban a los nómadas kazacos a buscar el abrigo de los boscosos valles fluviales, eran un pueblo que constantemente estaba en marcha (*derecha*). Había veces en que recorrían hasta 350 kilómetros en un solo año durante su búsqueda de nuevos pastos para sus numerosos rebaños.

En el verano, cuando la agostada estepa no ofrecía más que poco alimento para sus animales, los nómadas se dispersaban en pequeños grupos y emigraban de un sitio a otro. Unas veces se iban a los bosques húmedos que crecían en el borde de la estepa; otras veces llegaban a las estribaciones mismas de la cadena montañosa del Altai, en Kazakistán. Era excepcional que se quedaran más de unos pocos días en el mismo lugar. La vida en la estepa abierta sólo era fácil en la primavera y al comenzar el otoño, cuando las lluvias daban alivio, las praderas suministraban comida en abundancia y los nómadas podían reunirse otra vez (*arriba*).



Cargada con los equipos de su casa, la caravana de una familia se dirige a un nuevo campamento.



tal. Siguiendo las tradiciones de sus remotos antepasados, celebraban estas reuniones anuales con carreras de caballos, juegos y alardes de destreza ecuestre.



Los camellos bactrianos de dos jorobas, que pueden cargar 275 kilos cada uno, eran las bestias de carga de los kazacos. Los caballos eran para montar.

El Origen del Hombre

Este esquema muestra la progresión de la vida en la Tierra, desde sus primeras apariciones en las aguas del planeta recién formado, hasta la evolución del hombre; señala sus desarrollos físicos, sociales, tecnológicos e intelectuales hasta la Era Cristiana. Para ubicar estos avances en

GEOLOGÍA		DATADO EN MILES DE MILLONES DE AÑOS	GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	DATADO EN MILLONES DE AÑOS
Precámbrico era más primitiva		4,5	Pleistoceno Inferior período más antiguo de la época más reciente	Paleolítico Inferior período más antiguo de la Edad de Piedra Antigua	2
		4			1
		3			
		2			
		1			
		DATADO EN MILLONES DE AÑOS			DATADO EN MILES DE AÑOS
Paleozoico vida antigua			Pleistoceno Medio período medio de la época más reciente		800
					600
					400
					250
					100
Mesozoico vida media			Pleistoceno Superior último período de la época más reciente	Paleolítico Medio período medio de la Edad de Piedra Antigua	80
					60
					40
Cenozoico vida reciente			Ultimo período glaciár	Paleolítico Superior último período de la Edad de Piedra Antigua	
			Holoceno época actual	Mesolítico Edad de Piedra Media	

▼ 4.000 millones de años

▼ 3.000 millones de años

▲ Origen de la Tierra (4.500 millones)

▲ Origen de la vida (3.500 millones)

secuencias cronológicas utilizadas en forma común, la columna de la izquierda de cada una de las cuatro secciones del esquema identifica las grandes Eras geológicas en las que se divide la historia de la Tierra, mientras que la segunda columna registra las edades arqueológicas de la historia

humana. Las fechas claves de los orígenes de la vida y de los logros principales del hombre aparecen en la tercera columna. El gráfico no está a escala; la razón es clara con la franja de abajo, la cual representa en escala lineal los 4.500 millones de años comprendidos en el esquema.

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno (cont.)	Neolítico Edad de Piedra Moderna	9000	El perro es domesticado en Norteamérica
		8000	Se funda Jericó, la primera ciudad Se domestica la cabra en Persia El hombre cultiva sus primeras mieses, trigo y cebada en el Oriente Medio El maíz es cultivado en México
		7000	Un modelo de vida de pueblo nace en el Oriente Medio Çatal Hüyük, lo que ahora es Turquía, llega a ser el primer centro comercial Se inventa el telar en el Oriente Medio
	Edad del Cobre	6000	El ganado es domesticado en el Próximo Oriente La agricultura comienza a reemplazar a la caza en Europa El cobre es usado en la industria en la región mediterránea
		4800	El monumento de piedra maciza más antiguo conocido es construido en Bretaña
		4000	Los botes de vela son usados en Egipto Las primeras ciudades surgen en los llanos de Sumer
		3500	Los sellos cilíndricos comienzan a ser usados como señas de identificación en el Oriente Medio Se inventa la rueda en Sumer El hombre comienza a cultivar el arroz en el Lejano Oriente Se domestica el caballo en Rusia del Sur Los mercaderes navegantes egipcios comienzan a recorrer el Mediterráneo El primer escrito pictográfico redactado en el Oriente Próximo El gusano de seda es domesticado en China
	Edad del Bronce	3000	El bronce es usado por primera vez para hacer herramientas en el Oriente Medio La vida ciudadana se propaga hasta el valle del Nilo El arado se desarrolla en el Oriente Medio Un calendario preciso basado en observaciones estelares se inventa en Egipto
		2800	Stonehenge, el más famoso de los monumentos megalíticos antiguos, es comenzado en Inglaterra Las pirámides son construidas en Egipto
		2600	Una variedad de dioses y héroes son glorificados en <i>Gilgamesh</i> y otras epopeyas del Oriente Medio
		2500	Surgen las ciudades en el valle del Indo

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno (cont.)	Edad del Bronce		Evidencia más antigua del uso de esquís en Escandinavia El código de leyes más primitivo es redactado en Sumer Las sociedades minoas de palacio comienzan en Creta
		2000	Se domestican las gallinas y los elefantes en el valle del Indo El uso del bronce se propaga a Europa Comienza la cultura esquimal en la región del estrecho de Bering
		1500	Embarcaciones que pueden navegar por el océano, le permiten al hombre llegar a las islas del Pacífico Sur Esculturas ceremoniales de bronce se funden en China Se establece el gobierno imperial, que incluye provincias distantes, por los hititas
		1400	Se usa el hierro en el Oriente Medio El primer alfabeto completo manuscrito es inventado por las gentes de Ugarit, en Siria Moisés conduce a los israelitas fuera de Egipto
	Edad del Hierro	1000	El reno es domesticado en Eurasia
		900	Los fenicios desarrollan el alfabeto moderno
		800	El uso del hierro se propaga por toda Europa Los nómadas a caballo aparecen en el Próximo Oriente como nueva fuerza poderosa El primer sistema de carreteras es construido en Asiria Homero compone <i>La Ilíada</i> y <i>La Odisea</i> Se funda Roma
		700	Comienza la civilización etrusca en Italia Ciro el Grande gobierna el imperio persa Se establece la República de Roma
		500	Se inventa la carretilla en China
		200	Son escritos los épicos <i>Mahabharata</i> y <i>Ramayana</i> acerca de los dioses y los héroes de la India Se inventa la rueda de agua en el Oriente Medio
		0	Comienza la era cristiana

▼ 2.000 millones de años

▼ 1.000 millones de años

Primeros hombres (2 millones)

Primeros animales respirando oxígeno (900 millones)

▲ Primeros animales con espina dorsal (470 millones)

Créditos

A continuación se detalla el origen de las ilustraciones de este libro. Las mencionadas de izquierda a derecha se separan por punto y coma; de arriba abajo, por guión.

8—Museo Hermitage, Leningrado/Archivo Werner Forman. 11—Roger Viollet. 12, 13—Mapa por Rafael D. Palacios. 16, 17—Roland Michaud de Rapho Guillumette. 20, 21—Herbert Maeder. 23—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo Histórico Estatal de Kiev. 24—Museo Hermitage, Leningrado/Archivo Werner Forman. 25—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo Histórico Estatal de Kiev, excepto superior derecha, Museo Hermitage, Leningrado/Archivo Werner Forman. 27—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo Histórico Estatal de Kiev. 29—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Instituto de Arqueología, Academia Ucraniana de Ciencias, Kiev. 30, 31—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo Hermitage, Leningrado. 32, 33—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Instituto de Arqueología, Academia Ucraniana de Ciencias, Kiev. 34—Museo Hermitage, Leningrado/Archivo Werner Forman; Dmitri Kessel, Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE, © 1972 Time Incorporated cortesía del Museo Hermitage, Leningrado. 35—Sabine Weiss de Rapho Guillumette cortesía de Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE y el Museo Hermitage, Leningrado. 36, 37—Museo Hermitage, Leningrado/Archivo Werner Forman. 38, 39—Dmitri Kessel, Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE © 1972 Time Incorporated cortesía del Museo Hermitage, Leningrado. 40—Karel Neubert cortesía del Museo Hermitage, Leningrado, excepto inferior izquierda, Museo Hermitage, Leningrado/Archivo Werner Forman. 44, 45—Copyright © 1969

by C. J. Bucher Publishers Ltd., Suiza, excepto inferior derecha, Dr. Jiri Volf. 46—Copyright © 1969 by C. J. Bucher Publishers Ltd., Suiza—Sin crédito. 48—Museo de Antigüedades Nacionales, Saint-Germain-en-Laye. 50, 51—Peter Kaplan. 54, 55—Pintura por Don Bolognese; Sabine Weiss de Rapho Guillumette cortesía de la Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE y el Museo Hermitage, Leningrado. 57—Dmitri Kessel, Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE © 1972 Time Incorporated cortesía del Museo Hermitage, Leningrado. 59—Maurice Chuzeville, Museo del Louvre, París, Colección David-Weill. 60, 61—Instituto Alemán de Arqueología, Atenas—Museo Británico, Londres. 62—Museo Cívico Arqueológico, Bolonia—Museo Británico, Londres. 63—Museo Británico, Londres. 64, 65—C. M. Dixon cortesía del Museo Británico, Londres—Eileen Tweedy fotografía de *The Royal Hordes*, por E. D. Phillips © Thames & Hudson, 1965, Londres, cortesía del Museo Británico. 66—Museo Metropolitano de Arte, Fondo Rogers, 1907—Cortesía de los Síndicos de la Escuela Británica de Arqueología en Atenas. 67—Museo Hermitage/Archivo Werner Forman. 68—Karel Neubert cortesía del Museo Hermitage, Leningrado. 72—Dibujos por Adolph E. Brotman. 73—Dibujo por Adolph E. Brotman—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo Histórico Estatal, Moscú. 76, 77—Dibujo por Don Bolognese. 78, 79—John Webb fotografía de *Las hordas reales* por E. D. Phillips © Thames & Hudson, 1965, Londres. 80, 81, 82, 83—Museo Metropolitano de Arte, Donación del Fondo Dillon, 1973. 85—*Stern/Black Star*. 87—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo Hermitage, Leningrado. 88—C. M. Dixon cortesía del Museo Británico, Londres. 89—Dmitri Kessel, Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE © 1972 Time Incorporated cortesía del Museo Hermitage, Leningrado—Museo Hermitage, Leningrado/Archivo Werner Forman. 90—Museo Hermitage,

Leningrado/Archivo Werner Forman. 91—Museo Británico, Londres—Dmitri Kessel, Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE, © 1972 Time Incorporated cortesía del Museo Hermitage. 92—Karel Neubert cortesía del Museo Hermitage. 93—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo Hermitage. 94—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo Hermitage. 95—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo de Hermitage—Henry Groskinsky cortesía de la Colección de Alice y Nasli Heeramanek, Nueva York. 96, 97—Sección de Antigüedades, Museo del Estado. Berlín. 98—Museo Hermitage/Archivo Werner Forman. 100—Culver Pictures. 102—Agencia de Prensa Novosti. 103—Dibujos por Adolph Brotman. 104—Agencia de Prensa Novosti. 105—Dibujo por Adolph E. Brotman. 106—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo Hermitage. 108—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo Hermitage. 109—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo Hermitage, excepto inferior derecha, C. M. Dixon cortesía del Museo Hermitage. 110—Agencia de Prensa Novosti cortesía del Museo Hermitage. 113—C. M. Dixon cortesía del Museo Hermitage, Leningrado; *De Frozen tombs of the Ecythians* por M. I. Artamonov, Copyright © 1965 por Scientific American, Inc. Derechos reservados. 114—Editions Cercle d'Art, París. 117 a 125—Pinturas por Michael A. Hampshire. 126—Pinturas Ali Kislali cortesía del Museo Topkapi Sarayi, Estambul. 128—Cortesía de L. Carrington Goodrich. 131, 132, 133—Editions Cercle d'Art, París. 134—Sabine Weiss de Rapho Guillumette cortesía de Agencia de Ilustraciones TIME LIFE y el Museo Hermitage; Dmitri Kessel, Agencia de Ilustraciones TIME-LIFE © 1972 Time Incorporated cortesía del Museo Hermitage. 136 a 140—Mehmet Ali Kislali cortesía del Museo Topkapi Sarayi, Estambul. 143 a 153—Museo de Artes Populares, Hamburgo.

Agradecimientos

Por la ayuda prestada para la preparación de este libro, los editores están particularmente agradecidos a la Escuela Norteamericana de Estudios Clásicos, Atenas, Grecia; Pierre Amiet, Conservador Principal, y Françoise Tallon, Investigadora, Dept. de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre, París; Thomas Barfield, Dept. de Antropología, Universidad de Harvard, Cambridge, Massachusetts; Escuela Británica de Estudios Clásicos, Atenas, Grecia; Henri Delporte, Conservador, Christiane Eulère, Museo de Antigüedades Nacionales, Saint-Germain-en-Laye, Francia; Dept. de Antigüedades Asiáticas Occidentales, Museo Británico, Londres, Ann R. Farkas, Nueva York; Marilyn Fu, Conservadora Auxiliar, Dept.

de Arte del Extremo Oriente, Museo Metropolitano de Arte, Nueva York; Instituto Alemán de Arqueología, Atenas, Grecia; L. Carrington Goodrich, Profesor Emérito de Chino, Universidad de Columbia, Nueva York; Dr. Franz Hampl, Museo Nacional de la Baja Austria, Viena; John F. Haskins, Profesor de Historia del Arte Oriental, Universidad de Pittsburgh, Pensilvania; Heinz Heck, Director, Roland Lindemann, Catskill Game Farm, Catskill, Nueva York; Galina Ignatieva, Investigadora, Agencia de Prensa Novosti, Moscú; Karl Jettmar, Profesor, Instituto Sudasiático, Universidad de Heidelberg, Alemania; V. Kovarsky, Estación Purdy, Nueva York; T. Lawton, Subdirector, Galería Freer de Arte, Smithsonian Institution, Washington, D.C.; G. Maetzke, Superintendencia de Antigüeda-

des Etruscas, Florencia, Italia; H. Melichar, Profesor, Departamento de Prehistoria, Museo de Historia Natural, Viena, Austria; K. Robinson, Nueva York; R. H. Tedford, Conservador, Departamento de Paleontología de los Vertebrados, Museo de Historia Natural, Nueva York; M. Tosi, Instituto Italiano de Estudios del Medio y el Lejano Oriente, Roma; B. Spooner, Conservador ayudante de Etnografía del Oriente Medio, Museo de la Universidad, Filadelfia, Pensilvania; R. Vossen, Museo de Etnología, Hamburgo, Alemania. Las citas de la página 52 son de *Ancient Greek Horsemanship* por J. K. Anderson, University of California Press; reproducidas con autorización de la Universidad de California. Las citas de Heródoto se basan en la traducción de María Rosa Lida de Malkiel.

Bibliografía

- Anderson, J. K., *Ancient Greek Horseman-ship*. University of California Press, 1961.
- Artamonov, M. I., *The Splendor of Scythian Art*. Frederick A. Praeger, 1969.
- Atkinson, Thomas Witlam, *Oriental and Western Siberia*. Praeger Publishers, 1970.
- Bacon, Elizabeth E., *Central Asians under Russian Rule*. Cornell University Press, 1966.
- Borovka, Gregory, *Scythian Art*. Paragon Book Reprint Company, 1967.
- Bunker, Emma C., C. Bruce Chatwin, y Ann R. Farkas, *Animal Style Art from East to West*. Asia House Gallery, 1970.
- Burney, Charles, y David Marshall Lang, *The Peoples of the Hills*. Weidenfeld and Nicolson, 1971.
- Cardona, George, Henry M. Hoenigswald, y Alfred Senn, *Indo-European and Indo-Europeans*. University of Pennsylvania Press, 1970.
- Carter, Dagny, *The Symbol of the Beast*. The Ronald Press Company, 1957.
- Charrière, Georges, *L'Art Barbare Scythe*. Editions Cercle d'Art, 1971.
- Chenevix-Trench, Charles, *A History of Horsemanship*. Doubleday & Company, Inc., 1970.
- Epstein, H., *Domestic Animals of China*. Africana Publishing Corporation, 1971.
- Forde, Daryll C., *Habitat, Economy and Society*. E. P. Dutton, 1935.
- Gimbutas, Marija, *Bronze Age Cultures in Central and Eastern Europe*. Mouton & Co., 1965.
- Godolphin, Francis R. B., *The Greek Historians*, vol. I. Random House, 1942.
- Grant, Michael, *The Ancient Historians*. Charles Scribner's Sons, 1970.
- Howey, M. Oldfield, *The Horse in Magic and Myth*. William Rider & Son, Ltd., 1923.
- Ipsiroglu, M. S., *Painting and Culture of the Mongols*. Harry N. Abrams, Inc., sin fecha.
- Isenbart, H. H., y E. M. Buhrer, *The Kingdom of the Horse*. C. J. Bucher, Ltd., 1969.
- Jettmar, Karl, *Art of the Steppes*. Crown Publishers, 1964.
- Latham, Ronald, trad., *The Travels of Marco Polo*. Penguin Books, 1958.
- Lattimore, Owen: *Inner Asian Frontiers of China*. Beacon Press, 1962. *Studies in Frontier History*. Oxford University Press, 1962.
- Leskov, A., *Treasures from the Ukrainian Barrows*. Aurora Art Publishers, s/f.
- Levin, M. G., y L. P. Potapov, recopiladores, *The Peoples of Siberia*. University of Chicago Press, 1964.
- McGovern, William Montgomery, *The Early Empires of Central Asia*. University of North Carolina Press, 1939.
- Masson, V. M., y V. I. Sarianidi, *Central Asia*. Thames and Hudson, 1972.
- Michael, Henry N., recopilador, *Studies in Siberian Shamanism*. Antropología del Norte, No. 4. University of Toronto Press, 1963.
- Mohr, Erna, *The Asiatic Wild Horse*. Traducido del alemán por Daphne Machin Goodall. J. A. Allen & Co., Inc., 1971.
- Mongait, A. L., *Archaeology in the U.S.S.R.* Penguin Books, 1961.
- Needham, Joseph, y otros, *Science and Civilization in China*. Vol. IV, Parte 3. Cambridge University Press, 1971.
- Phillips, E. D.: *The Mongols*. Frederick A. Praeger, 1969. *The Royal Hordes*. McGraw-Hill Book Company, 1965.
- Piggott, Stuart, recopilador, *The Dawn of Civilization*. McGraw-Hill Book Company, 1967.
- Rice, Tamara Talbot, *The Scythians*. Frederick A. Praeger, 1957.
- Rudenko, S. I., *Frozen Tombs of Siberia*. University of California Press, 1970.
- Simpson, George Gaylord, *Horses*. Oxford University Press, 1951.
- Singer, Charles, E. J. Holmyard, y A. R. Hall, recopiladores, *A History of Technology*, vol. I. Oxford University Press, 1954.
- Strommenger, Eva, *5000 Years of the Art of Mesopotamia*. Harry N. Abrams, Inc., sin fecha.
- Sulimirski, Tadeusz: *Prehistoric Russia*. Humanities Press, 1970. *The Sarmatians*. Praeger Publishers, 1970.
- Tannahill, Reay, *Food in History*. Stein and Day, 1973.
- Tolstov, Sergei Pavlovich, *Peoples of the World*. Ethnographic Studies, vol. II. Academia de Ciencias, Instituto de Et-nografía, 1963. (En ruso.)
- Ucko, Peter J., y G. W. Dimbleby, recopiladores, *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*. Aldine Publishing Company, 1969.
- Yadin, Yigael, *The Art of Warfare in Biblical Lands*. Weidenfeld and Nicolson, 1963.
- Zeuner, Frederick E., *A History of Domesticated Animals*. Harper & Row, 1963.

Indice

Los números en cursiva indican páginas ilustradas.

A

- Adivinos escitas, 22
- Afganistán, jinetes actuales del, 16-17, 20-21
- Agatirsos, 18, 26
- Agricultura de los pueblos seminómadas anteriores a los jinetes, 70, 71, 75, 77
- Aldeas de la época seminómada anterior a los jinetes, 70-71, 76-77
- Alejandro el Grande, 28, 70
- Alexandropol, montículo funerario de, 102
- Alfombras: hsiung-nu, 83; kazacas, 168-147; persas importadas al Altai, 131, 134; escitas, 15; siberianas, 115
- Alimentos: China como fuente de, para los hsiung-nu, 130; de los pueblos anteriores a los jinetes, 70, 77; escitas, 18
- Altai, *mapa* 13, 69, 70, 152; montículos funerarios, 54, 81, 99, 104-105, 111-112, 114; fuente de metales, 14; objetos de las

tumbas, 54-55, 57, 81, 90, 106, 108-110, 114-116, 131-134; tribu de jinetes, 81-82, 111-116

Amazonas, 22, 66, 80-81

América: evolución del caballo, 41-42, 44; extinción del caballo, 42, 44; reintroducción del caballo, 78; nomadización de los indios de las llanuras, 78-79

Anderson, J. K., 10

Andrófagos, 18. Véase también Antropófagos

Andrónovo, pueblo de, 71

Animales de tiro. Véase Bestias de carga

Antropófagos, 18, 26

Aral, mar, *mapa* 12, 69, 71

Arco y flechas, 74, 84; hsiung-nu, 84; mongoles, 136, 137; escitas, 9, 10, 36, 84

Aristóteles, 99

Armaduras: mongolas, 137, 138-139; de las sármatas, 80; escitas, 10

Armas: el arco como arma principal de los jinetes, 84; de bronce, 10, 111; tecnología china usada por los mongoles, 138; hsiung-nu, 84; caza, 36, 74; de hierro, 10, 111, 137; mongolas, 136, 137, 138-139; sármatas, 80; escitas, 9-10, 84

Arte. Véase Estilo zoomorfo; Oro, objetos de Arte de las estepas, *El* (Jettmar), 111

Arte de montar a caballo: comienzos, 43, 47, 49-56, 62-65, 74; bridas, 8, 15, 31, 54, 55, 115-116; asiento de asno, 49, 62; primeras descripciones, 49-51; falta de estribos, 10, 30, 51; sillas de montar, 10, 15, 31, 51, 54-55, 115-116

Ascent of Equus, The, Howard y Stock, 41

Aseo ritual de los escitas, 15, 122-123

Asiento de asno, 49, 62

Asumasirpal, rey de Asiria, 60-61

Ateas, rey de los escitas, 28, 70

Atila, el Huno, 130-135

Aucatas, 18

Azov, mar de, *mapa* 12, 69; dominio escita, 10

B

Bactriana, 84

"Bárbaros", como calificativo, 79, 83, 127

Bartatua, rey de los escitas, 11

Batu Kan, 139

Bering; estrecho de, puente terrestre en el período glacial, 42

Bestias de carga: camello, 152; ganado vacuno, 14, 43-47, 70, 76; caballo, 43, 47, 48, 49, 59, 60-61; muserola para guiarlas, 47, 49; anilla nasal, 47; onagro, 47, 48-49, 61

Botas, 10, 74, 115

Bridas, 8, 15, 31, 54, 55, 115-116; adornos de las, 108-110

Bronce, 15; objetos de, 23, 64-65, 87, 88, 91, 95, 101, 106, 111; armas, 10, 111

Budantsar, antepasado legendario de los mongoles, 135

Budinos, 18, 26

Bueyes, como animales de tiro, 14, 47, 76
Bugrovshchiki, 111

C

Caballo: en América, 41-42, 44, 78; dominio del, 47, 49, 51; domesticación, 43-47, 51, 70, 75; como animal de tiro, 43, 47, 48, 49, 59, 60-61, 70; primeros usos, 43, 59, 70; evolución, 41-43, 44-45; evolución para pastoreo, 42, 44; evolución del casco, 41, 42, 45, 46; galas, 15, 54-55, 91, 108-110, 115-116; como ofrenda funeraria, 25, 30, 54-55, 56, 102-103, 111, 115, 121, 124-125; pastoreo de ganado, 18, 30, 70, 75, 76-77, 150, 152; de los hsiung-nu, 130; de los mongoles, 126, 136, 137, 142; como presa, 43, 59; en la religión, el mito y el misticismo, 56-58, 66-67; como sacrificio a los dioses, 56; de los escitas, 8, 10, 18, 30-31; de los jinetes siberianos, 115; aumento de tamaño mediante la cría, 49, 75; rapidez del, 47; domesticación para montarlo, 43, 47, 49-56, 62-65, 74 (*véase también* Arte de montar a caballo); temperamento, 47-48; intercambio comercial, 130; salvaje, tipos de, 43, 48 (*véase también* Caballo de Przewalski)
Caballo de Przewalski, 43, 44, 45, 48, 50-51

Campamentos: kazacos, 144-145; kirguises, 16-17; mongoles, 136; invernales, 14, 15, 16-17, 116

Canibalismo, 18, 112

Cáñamo, usado como narcótico, 15, 25, 106, 115, 122-123, 129

Capps, Benjamin, 78

Cárpatos, montes, *mapa* 12, 69

Carretas, 14, 70, 145, 152-153

Carros, 14, 70; 145, 152-153; ceremoniales, 57, 100, 115

Carros de combate, 9, 48-49; de cuatro ruedas, 48; tirados por caballos, 48, 49, 60-61, 70; tirados por onagros, 48-49, 61; de dos ruedas, 48-49, 60-61; en la guerra, 9, 48, 49

Carruajes funerarios, 57, 100, 115

Casco de caballo, evolución del, 41, 42, 45, 46

Caspio, mar, 11, *mapa* 12, 69

Castración de caballos, 18, 54

Catalina I, zarina, 103

Catalina la Grande, zarina, 104

Catiaros, 18

Cáucaso, *mapa* 12, 69; montículos funerarios, 72, 103; metales, 14; desarrollo de la rueda, 49

Caza, 18, 36-37, 70, 74, 76-77; con carros tirados por caballos, 60-61; los kazacos, 150-151; presas, 36; del caballo salvaje, 43

Centauro, figurilla griega de un, 66

Cerámica de las tribus seminómadas de la estepa, 71, 77

Cereales, 70, 77

Cimerios, 10, 11, 70

Cobre, fuentes y comercio, 14

Coláxais, antepasado legendario de los escitas, 10

Coleridge, Samuel Taylor, "Kubla Khan", 141-142

Colgaduras para las paredes, de fieltro, 18, 83, 114, 115, 146-147

Colonias comerciales griegas en el mar Negro, 10, 14, 19, 29, 70, 99, 104

Comercio: mercancías, 14, 130, 131; colonias griegas en el mar Negro, 10, 14, 18-19, 29, 99, 104-105; de caballos, 130; de los hsiung-nu con China, 130; metales, 14, 130; de la época anterior a los jinetes, 70; escita, 10, 14, 18-19, 104-105; de los jinetes siberianos con China, 115

Cortés, Hernán, 78

Costumbres funerarias, 72, 99; embalsamamiento, 24, 25, 112-114, 118, 124; caballos como ofrendas funerarias, 25, 30, 54-55, 56, 73, 102-103, 111, 115, 121, 124-125; de los hsiung-nu, 83; sacrificios humanos, 25, 101, 107, 111, 120-121, 124; de los seminómadas anteriores a los jinetes, 71, 72; escitas, 23, 24-25, 30, 56, 99, 100-102, 103, 107, 117-125; mutilaciones, 118-119 siberianas, 54-55, 56, 112-114

Cráneos de enemigos, 127; como copas, 9, 19, 84

Creencias religiosas, 128-129; espíritus animales, 128-129; el caballo en las, 56; escitas, 22, 38, 96

Cría de ganado vacuno, 14, 19, 43, 70, 75, 76-77

Crimea: reino escita en, 70, 86; objetos de las tumbas, 8, 27, 34-35, 40, 67, 98, 106

Cristianismo, el caballo y el, 56

Cro-Magnon, hombre de, y el caballo, 43, 48

Cuero, 14, 114-115; vestidos, 114-115; talabartería, 15, 54, 115-116

Cueros cabelludos, como servilletas, 19-22; como trofeos, 9, 127

Ch

Chamanes, 129

Chertomlyk, *mapa* 12; ánfora de, 30-31, 105-106, 107; *kurgan* de, 105, 107, 111

Chin, dinastía de China, 137

China, 69, 84; Gran Muralla, 70, 84, 85; ataque mongol, 137; gobierno mongol (dinastía Yuan), 141-142; relaciones

con los hsiung-nu, 83, 84, 130; sudadero de, 131; armas usadas por los mongoles, 138; período yuan en el arte, 141

D

Danubio, río, 10, *mapa* 12, 69; cruzado por Darío, 26; los mongoles en, 135

Darío el Grande, 58, 80, 127; invasión rechazada por los escitas, 14, 25-28, 70, 84

Demidov, Nikita, 103

Dinohipo, 42, 45

Dioses: caballos elevados a la condición de, 56; escitas, 22, 38, 96

Dniéper, río, 10, *mapa* 12, 70; montículos funerarios, 104, 105, 106-107

Domesticación de animales, 43; de caballos, 43-47, 51, 70, 75

Don, río, 10, *mapa*, 12, 18, 70, 86; cruzado por los sármatas, 28; excavaciones, 77

Douglas, sir Robert Kennaway, 139

Dudin, Samuel M., 143

E

Ejército mongol, 135-136, 138-139

Embalsamamiento, 24, 25, 112-114, 118, 124

Enarees, 22

Eoceno, comienzos de la evolución del caballo, 41

Eohipo, 41-42. *Véase también* Hircoterio
Equus: aparición de, 42, 44; *Equus przewalskii*, 43, 44, 45, 48, 50-51

Esarhaddon, rey de Asiria, 70

Esciles, rey de los escitas, 19

Escitas, 9-28, 74, 79-80, 84-86, 127, 130; estilo zoomorfo, 15, 24-25, 83, 88-89, 91, 96-97, 99; redescubrimiento arqueológico, 99-102, 104-107, 111 costumbres funerarias, 23, 24-25, 30, 56, 99, 100-102, 103, 107, 117-125; montículos funerarios, 23, 25, 99-101, 102-103, 104-107; caracterización, 15; reyes, 18, 19, 24; vestido, 8, 9-10, 14, 15, 34-35, 115; Darío el Grande rechazado por, 14, 25-28, 70, 84; decadencia de su poder, 28, 86; desaparición, 70, 86; descritos en objetos griegos, 8, 29-39, 40, 101, 105-107; desplazados por los sármatas, 28, 70, 86; gobierno, 18-19; pastoreo de ganado, 14; caballos, 8, 10, 18, 30-31; los hsiung-nu comparados con los, 82-84; lengua, 19; leyes, 19, 22; leyendas, 10, 128; significación del oro, 10, 127-128; tribus vecinas, 18; existencia nómada cede a la vida sedentaria, 28, 86; origen, 10; descripción física, 9; religión, 22, 38, 96; ritos, 22, 24-25, 38, 98, 117-125, 127; reales, 18, 24, 75, 118, 128; guerra en el siglo VII a. de J., 11-14, 70; refugios, 14, 15-18; costumbres y sistema social, 19-24, 98; comercio, 10, 14, 18-19, 104-105; tribus, 18, 19; guerra, 19; táctica militar, 9, 25, 64, 84; guerreros, 8, 19, 24, 64; guerras con los macedonios, 28, 70; con

dición de la mujer, 22-24, 80
 Escitia, 10; región al sur de Rusia, 10, *mapa*, 12, 28, 69, 70, 75, 84-86; clima, flora y paisaje, 14-15; reino de la Crimea, 70, 86; Escitia Menor, en Rumania, 70, 86
 Esclavos, 24, 136; comercio de, 14
 Escritos chinos: los hsiung-nu descritos en, 9, 80-83, 127; los yueh-chi descritos en, 9, 82
 Escritos griegos: sobre la "vanagloria caballar", 56; tratado de equitación, 52; los sármatas descritos en, 9, 18; los escitas descritos en, 9, 10-11 (*véase también* Heródoto)
 Escudos escitas, adornos, 89
 Espadas, 10, 111, 136
 Espartanos, 29
 Espíritus animales, 128-129
 Estaño, fuentes y comercio, 14
 Estepa eurasiática, 9, *mapa* 12-13, 14-15, 69; clima, 14, 15; aparición de los jinetes, 9, 74-79 (*véase también* Nómadas montados); paisaje, 14, 69; tribus ganaderas seminómadas, 69-74, 76-77; caballo salvaje de las, 44-45
 Estilo zoomorfo, 87-97, 99, 103-104, 128, 129; hsiung-nu, 83, 88, 95; escita, 15, 24-25, 83, 88-89, 91, 96-97, 99; siberiano, 90, 93-95, 103-104, 108-109, 110, 112, 113, 116
 Estribos, falta de, 10, 30, 51
 Eurasia, evolución del caballo, 41, 42-43, 44. *Véase también* Estepa eurasiática
 Europa, invasiones bárbaras en la Edad Media, 84, 130-135, 138-139

F
 Fieltro, 14, 15, 149; vestido, 115; sillas de montar, 15, 54-55, 115-116; tiendas, 14, 15, 16-17, 74, 84, 144-145; colgaduras para las paredes, 18, 83, 114, 115, 146-147; guardabrisas con aplicaciones, 132-133
 Figurillas de jinetes, las primeras halladas, 49, 66
 Filipo de Macedonia, 28, 70
 Flechas, 74, 111; mongolas, 136, 137; escitas, 9, 10

G
 Gaimonov, copa de la amistad, 29, 106-107
 Gelonos, 18, 26
 Gengis Kan, 84, 128, 135-138, 139, 141, 143
 Glaciar, El (Jensen), 53
 Gobi, desierto de, 69, 82, 137
 Gobierno: escita, 18-19; mongol, 137
 Gorytus, 10, 32, 35, 133
 Gran muralla, 8, 85 año de terminación, 70
 Gran Yasa, código mongol, 136-137
 Grecia, griegos, 25, 28, 127; leyenda de las Amazonas, 22, 66, 80-81; caballería, 52; emigraciones indoeuropeas a, 69
 Guardabrisas siberiano, 132-133

Guerra: primer uso del caballo en, 9, 51, 62, 64; hsiung-nu, 84, 130; de los hunos, 130; mongola, 135-136, 137, 138-139; sármatas, 80-81; escita, 19; táctica escita, 9, 25, 64, 84

H

Heródoto, 10-11, 14, 15, 18, 19, 22, 24, 25, 29, 36, 38, 56, 70, 80-81, 112, 115, 117, 118, 121, 122, 124, 127, 128; se duda de él y se demuestra que dijo la verdad, 99, 104-105, 116
 Herradura, como símbolo de la buena suerte, 58
 Hierro: fuentes y comercio, 14, 130; armas y armaduras, 10, 111, 137, 138-139
 Hipocampo, 24
 Hipócrates, 81
 Hiracoterio, 41-42, 44, 46
 Horda de Oro, 139
 Howard, Hildegard, 41
 Hsiung-nu, 9, *mapa* 13, 83-84, 127, 130, 135; estilo zoomorfo, 83, 88, 95; entierros, 83; vestido, 78-79, 83; Gran Muralla construida para defenderse de, 70, 84, 85; origen, 83; comercio con China, 130; tributos arrancados a China, 84; guerra, 84, 130; poema ilustrado de Wen-chi, 80-83
 Hunos, 74, 84, 127, 130-135

I

Idantirso, caudillo escita, 26-28
 Imperio asirio, *mapa* 12, 49; caballería, 51, 62; conquista por los medos, 14, 70; escenas de caza, 60-61, 63; los escitas como aliados, 11, 63, 70; los escitas como enemigos, 11-14, 70
 Imperio egipcio, 49; objetos con reproducciones de jinetes, 49, 62; amenaza escita a, 11
 Imperio hitita, 49
 Imperio kwarazmiano, 137-138
 India, 69, 84; dioses representados como caballos, 56
 Indios de las llanuras, 78-79
 Irtysh, río, *mapa* 13, 70
 Isedones, 112

J

Jenofonte, tratado de equitación, 52
 Jensen, Johannes V., 53, 56
 Joinville, Jean, Sire de, 47
 Joyas, 15, 23, 27, 40, 68, 93, 100, 107

K

Kajova, joyas de, 27
 Karakorum, 139-141
 Kazacos, 143-153
 Kazakistán, 69, 143, 152
 Kelermes, *mapa* 12; objetos de las tumbas, 91
 Kirguises, 16-17
 Kirpichnikov, Alexander, 106, 107
 Krovat, 146-147
 Kublai Kan, 141-142
 Kul Oba, *mapa* 12; objetos de las tumbas

bas 89, 98; jarrón, 34-35, 106
 Kumis, 18, 24, 141, 146, 148, 150
 Kurgans, 102, 106, 107, 111. *Véase también* Montículos funerarios

L

Ladrones de tumbas, 102-103, 104, 111-112, 114
 Laercio, Diógenes, 56
 Lana, 14, 70, 74, 78, 149; guardabrisas, 132-133
 Lanzas, 36-37, 137
 Lenguas: indoeuropeas, 19, 69, 82; escitas, 19
 Leyes: código mongol, 136-137; pueblos nómadas, 19; escitas, 19, 22

M

Macedonios, 28
 Marco Polo, 142
 Marte, dios romano, 56
 Medos, Media, *mapa* 12; conquista de Asiria, 11-14, 70; origen indoeuropeo, 69; los escitas como aliados, 11-14, 70; los escitas como enemigos, 11, 14, 70
 Melgunov, *mapa* 12
 Melgunov, Alexis, general, 104
 Memorias de las Cruzadas (Joinville), 47
 Merhart, Gero von, 102, 111
 Merychipo, 42, 44
 Mesohipo, 42, 44
 Mesopotamia, 47, 48-49
 Metales: incremento de su uso en utensilios y armas, 74; fuentes y comercio, 14, 130
 Metalistería, 150
 Mioceno, evolución del caballo, 42
 Miohipo, 42
 Mitrídates el Grande, rey del Ponto, 70, 86
 Mohamed, soberano kwarazmiano, 137-138
 Mongke Kan, 141
 Mongolia, *mapa* 13, 69; estilo zoomorfo, 88, 95; objetos de las sepulturas hsiung-nu, 78-79; dominio hsiung-nu, 83-84, 130, 135; dominio mongol, 135; nómadas actuales, 14
 Mongoles, 74, 84, 126, 127, 135-142, 143; ejército y guerra, 135-136, 137, 138-139; brutalidad, 138-139; campamentos, 136; capital en Karakorum, 139-141; imperio de Gengis Kan, 128, 135-138; Horda de Oro, 139; gobierno, 137; invasión de China, 137; invasión de Europa, 138-139; invasión de Asia occidental, 138; leyes, 136-137; leyendas, 135; palacios, 139-142; armas, 136, 137 138-139; dinastía Yuan en China, 141-142
 Montículos funerarios: de la época anterior a los jinetes, 72-73, 77; escitas, 23, 25, 99-101, 102-103, 104-105, 111-112, 114-116
 Mujeres, condición de las: mongolas, 136; kazacas del siglo XIX, 148-149, sármatas, 22, 66, 80-81; escitas, 22-24, 80
 Muserola, 47; adición del freno, 49; adición de riendas, 51

N

Narcóticos, 15, 25, 106, 115, 122-123, 129
 Neápolis, capital escita, 70, 86
 Negro, mar, *mapa* 12, 69; dominio de los escitas, 10, 19, 70, 102; fin de la influencia escita, 70; tipos de tumbas, 72-73; colonias comerciales griegas, 10, 14, 19, 29, 70, 99, 104; comercio, 10, 14, 18-19, 104-105
 Neuros, 18, 26
 Nimrod, relieve del palacio, 60-61
 Nínive, *mapa* 12, 63; asedio y conquista por los medos, 11-14, 70
 "Nomadización", 79, 82, 84

O

Objetos griegos de las tumbas, 29-39, 87, 99, 104-107; comparados con las obras escitas, 89, 96-97; recipientes, 29-31, 34-35, 99, 105-107; primeras representaciones del caballo, 49, 51, 60, 66; placas de oro, 8, 24, 67; escitas representados en, 8, 29-39, 40, 101, 105-107
 Ogodei Kan, 139, 141
 Olbia, 10, *mapa* 12, 19, 70
 Oligoceno, evolución del caballo, 41-42
 Onagro, 47, 48-49, 61
 Oriente Medio, domesticación de animales, 43; invasiones bárbaras en la Edad Media, 84; carros de combate, 48-49, 60-61, 70; primeras representaciones de jinetes, 49, 51; introducción del caballo, 47, 48; los escitas en, 11-14, 70; invención y desarrollo de la rueda, 43-47, 49
 Oro: significación para los escitas, 10, 127-128; fuentes y comercio, 14
 Oro, objetos de, 15, 99-105, 107-111; estilo zoomorfo, 87-97; orfebres griegos, 8, 24, 29-39, 40, 67, 89, 96-97, 99, 104-107; joyas, 15, 23, 27, 40, 93, 100, 107; pectoral, 32-33, 101, 106; placas, 8, 15, 23-25, 67, 87, 90-91, 94-95, 98, 99, 103, 107, 111; adornos de escudos, 89; Tesoro Siberiano de Pedro el Grande, 68, 103-104
 Ovejas, cría de, 14, 43, 70, 71, 76-77

P

Paralatas, 18
 Partia, *mapa* 12, 84
 Pastoreo de ganado, 14, 18; nómadas actuales, 16-17
 Pazyryk, *mapa* 13; montículos funerarios, 54, 104-105, 111-112, 114-115; objetos de las tumbas, 54-55, 57, 90, 91, 106, 114-115, 131-134
 Pectoral de oro, 32-33, 101, 106
 Pedro el Grande, Zar, 100, 101, 102-103, 111; Tesoro Siberiano de, 68, 103-104
 Pegaso, caballo alado, 56, 67
 Persépolis, *mapa* 12, 26
 Persas, 84; Darío rechazado por los escitas, 14, 25-28, 70; origen indoeuropeo, 69; Imperio persa, 25-26, 28, 58; alfombra, 131, 134

Pesca, 70, 77

Piotrovsky, Boris, 107

Platón, 56

Pleistoceno, evolución del caballo, 42

Pliohipo, 42

Poderes ocultos atribuidos al caballo, 56-58

Poligamia, 9, 83-84, 148

Pueblo de las tumbas de catacumba, 71

Pueblo de las tumbas de troncos, 71

Pueblo, indios, 78

Puntas de lanza, 74, 111

R

Rashid-ed-Din, 141

Recipientes de oro y plata, griegos, 29-31, 34-35, 99, 105-107

Riazán, destrucción mongola de, 139

Roma, 56, 70, 84, 135

Rubruck, Guillermo de, 141

Rudenko, Sergei Ivanovich, 19, 104, 111-112, 114, 115, 131

Rueda: y eje, 48; invención, 43-47; sólida, 48, 61; de rayos, 49, 57, 60-61

Rumania, 69; Escitia Menor en, 70, 86

Rusia del sur: montículos funerarios, 72-73, 99-101, 102-103, 104-107; domesticación del caballo, 43, 70; invasión sármatas, 28, 86; dominio escita, 10, 28, 69, 70, 75, 84-86, 99-101; tribus ganaderas seminómadas, 69-74, 76-77. Véase también Crimea; Ucrania

S

Sacrificios, 22, 128; de caballos, 25, 30, 54-55, 56, 102-103, 111, 115, 121, 124-125; humanos, 22, 25, 38, 101, 107, 111, 120-121, 124

Sakas, 84, 88

Sármatas, 9, *mapa* 12, 18, 74, 80-81, 84, 86, 127, 130; aliados de los escitas contra Darío el Grande, 26, 28, 80; invasiones de Escitia, 28, 70, 86; condición de las mujeres, 22, 66, 80-81

Seda, 130; blusas a prueba de flechas, 138; vestidos, 79, 83; sudadero, 131

Sello micénico de oro, 60

Semipalatinsk, feria de caballos, 152-153

Siberia: tumbas del Altai, *mapa* 13; estilo zoomorfo, 90, 93-95, 103-104, 108-109, 110, 112, 113, 116; montículos funerarios, 54, 72, 81, 99, 102-103, 104-105, 111-112, 114-116, 131; vestidos de los jinetes, 114-115; origen de los jinetes, 112, 116; tribus de jinetes, 9, 81-82, 111-116; caballos, 115; tribus ganaderas seminómadas, 69-74; objetos de las tumbas, 54-55, 57, 68, 90, 93-95, 103-104, 106, 108-110, 114-116, 131-134

Si-hsia, reino de los, 137

Sillas de montar, 10, 15, 31, 51, 54-55, 115-116

Solokha: peineta, 38-39, 105; jarrón, 36-37

Stock, Chester, 41

Sudadero de seda china, 131

Sung, imperio, 141

T

Tabiti, diosa escita, 22

Tácito, 56

Tai-du, capital yuan, 141

Tapices, 15-18

Targitao, antepasado legendario de los escitas, 10

Tatuajes, 112, 113

Tauros, 18, 26

Tejidos: sudadero de seda china, 131; hsiung-nu, 78-79, 83, 130; kazacos, 146-147, 149; alfombra persa, 134; escitas, 15-18; siberianos, 114-115, 132-133

Teodosia, 10, *mapa* 12

Tien Chan, cordillera, *mapa* 12-13, 69

Tiendas, 75; hsiung-nu, 81, 84; interior, 146-147; escitas, 14, 15-18; yurtas, 14, 15, 16-17, 74, 81, 84, 144-147

Tiras, 10, *mapa* 12

Tovsta, Ucrania, 23, 32-33

Traspies, 18

Tribus germánicas, 56

Tribus seminómadas de la estepa eurasiática, 69-74, 77; objetos de las tumbas, 71; costumbres funerarias, 71, 72-73, 77; agricultura, 70, 71, 77; origen, 69; emigraciones estacionales, 71; ganadería, 70-71, 77; aldeas, 70-71, 76-77

Tumbas, tipos de, 72-73. Véase también Montículos funerarios; Túmulos

Túmulos, 102. Véase también Montículos funerarios

Turcos nómadas, 143

U

Ucrania, 10, 14; domesticación del caballo, 43, 51; montículos funerarios escitas, 23, 32, 99-101, 102

Ulski, 30, 92

Urales, montes, *mapa* 12, 69; metales, 14

Urartu, 11, *mapa* 12, 70

V

Vettersvelde, pez escita de, 96-97

Viviendas de los seminómadas anteriores a los jinetes, 70-71, 74, 76-77; chozas siberianas, 116. Véase también Tiendas
 Volga, río, *mapa* 12, 70; excavaciones, 77

W

Wen-chi, poema ilustrado de, 80-83

Wu-sun, *mapa*, 13, 84

X

Xandú, 141-142

Y

Yasa, código mongol, 136-137

Yenisei, río, *mapa* 13, 70, 71, 74

Yuan, dinastía de China, 141-142

Yueh-chi, 9, *mapa* 13, 82, 83, 84

Yurtas, 14, 15, 16-17, 74, 81, 84, 144-145; interior, 146-147

Z

Zepirión, 28

Zungaria, 13, 69

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

